

"EL CANTO DEL VIENTO"

CAPITULO XV

Especial para FOLKLORE

CONOCI hace muchos años a un cantor que tenía leyenda y paisaje detrás de su voz. Cantaba yaravies, vidalas, zambas, tristes del norte y estilos del sur. Y todo lo cantaba con propiedad, dándole a cada tema su verdadero carácter, su cabal sentido. En resumen: Sabía interpretar el canto. Sabía ubicarse en la comarca y en el ánimo de cada canción.

Y siempre, a pesar de su hermosa voz, no muy caudalosa pero bien timbrada, baritonal y criolla, siempre escondía, como tras un velo de pudor o de prudencia, algo así como un paisaje que aún podía regalar su luz para la copla atardecida.

Ese cantor se llamaba Juan Carlos Franco. Era tucumano, y en aquellos tiempos revistaba en el Ejército Argentino con el grado de teniente primero.

Alto y atlético, amigo del deporte, buen esgrimista, buen jinete, Franco destacóse siempre como gentil caballero de muy cuidada educación y a poco de que se lo tratara revelaba una fina sensibilidad y un profundo sentido de la amistad.

Van a cumplirse pronto treinta años de su muerte, pero los amigos que lo tratamos tanto tiempo en aquella nuestra juventud, lo recordamos como si ayer hubiera partido para algún extraño viaje.

Hábil en la guitarra, buscaba en el instrumento los caminos del encantamiento. Y escribió versos. Y compuso vidalas inolvidables. Vivió varios años en Santiago del Estero. Allá en la dulce tierra, a dos leguas de La Banda, estaba "San Carlos", la vieja estancia de los Arzuaga.

Por ATAHUALPA YUPANQUI

Allí conocí a Juan Carlos, en el año 1927. Allí conocí a su esposa, Pepita de Arzuaga. Allí compuse los juguetes de su hija Perla, bajo los viejos algarrobos de la finca.

Allí escuché las vidalas de Franco, a la hora serena en que los coyuyos de noviembre callan para pulsar el silencio de los montes, mientras el bordón de una guitarra desbroza selvas fantásticas como abriendo picadas hacia las Salamanacas del corazón.

*"Traigo guitarra y vidala
pa venirse a ver.
Sólo te pido, mi Negra,
Me des un consuelo
pa poder volver..."*

Vidala para la serenata a la novia. Vidala que se canta bajo la galería de una casona criolla, mientras, como un rito, se bebe en silencio un pedazo de selva que llaman aloja.

Peró siempre la tarde trae en la ampliada sombra de los árboles, un tono melancólico, casi triste. Y el artista tucumano, el criollo Juan Carlos, se siente un poco solo, lo necesariamente solo como para decirle coplas a un imposible...

*"Viendo pasar una nube
le dije: ¡Ay!, llévame
tan alto como tú subes.
La nube pasó diciendo,
¡Imposible!... ¡Imposible!"*

"DE LOS CAMPOS VENIA UN AROMA DE POLEO..."



*"Amor pedí a una morena
de sólo verla tan buena.
Como la nube y la estrella
me ha contestado diciendo:
¡Imposible...! ¡Imposible!"*

*"Pa qué quiero mis ojos.
Mis ojos, para qué sirven.
Mis ojos que se enamoran,
y se apasionan, vidita,
de imposibles... de imposibles..."*

Años después, en 1931, llegué a Salta, de a caballo. Gumercindo Quevedo me regaló un hermoso rosillo, en Río Piedras, y en dos días de viaje me puse sobre el tope del San Bernardo. Y un rato después me quitaba las espuelas para subir las gradas del Club 20 de Febrero y saludar al doctor Abraham Cornejo y al coronel Day.

Esa noche, disfrutando de la tradicional hospitalidad de los caballeros salteños, canté una docena de vidalas de Juan Carlos Franco. Y desparramé sus coplas luego por todo el Valle de Lerma, desde el Mojotoro hasta la Silleta, Cerrillos, Los Laureles, Atocha, Quivilme y Las Moras.

*"Me he galopiao muchas leguas
pa venirse a ver...
Sólo te pido, mi Negra,
me des un consuelo
pa poder volver"*

Por razones de su profesión, Juan Carlos anduvo mucho país. Caminó los cuatro rumbos



• EL CANTO DEL VIENTO

de la Patria. Y siempre dejó muy buenas mentas de su condición de criollo, caballero y cantor.

Pero era algo más que un mero cantor. Había en él desvelo y conciencia, y un espíritu bien rumboado. Conocía bien el campo, aunque descollaba en la vida mundana, donde imponía, aun sin quererlo, su fuerte personalidad.

Como dije al comienzo de esta nota, había leyenda y paisaje detrás de su voz. Era como la sombra de una nube larga paseando su misterio sobre un campo soleado.

*"Me ciñe invisible lazo.
No puedo cantar . . .
Por eso me voy silbando
por el arenal . . ."*

*"Cosas me pasan.
No puedo decir.
No hay más remedio
que andar y sufrir."*

*"Como no puedo cantar,
por eso me voy silbando
por el arenal . . ."*

Una noche, allá por Suncho Corral, Departamento Figueroa, un muchacho santiagueño, con la caja cerca de su sien como si usara la luna por almohada, me cantó la mitad de esta vidala del "Silbador". De los campos venía un aroma de poleo, como si el aire bendijera el silencio de los algodones — nieve trasmutada en la fragua de la selva.

*"Me ciñe invisible lazo.
No puedo cantar . . ."*

Con ese mozo, recordamos a Juan Carlos. Suncho Corral, pueblo de la sola calle larga, parecía una aldea de maravilla, a la que le brotaran guitarras en cada esquina, nombrándolo al amigo, evocando sus coplas, disimulando su ausencia.

Cierta vez, en Río Grande do Sul, un paisano brasileño, oyendo a un cantor, sentenció: "El que canta de ese modo no se va más de este mundo . . ."

Así pasa con Juan Carlos Franco. Murió en Jujuy, en 1934, de tifus. En los momentos en que la fiebre cedía un tanto, Franco pedía la guitarra, y hacía abrir las ventanas de la vieja casa de la calle Alvear. Su pulso le negaba precisión al acorde. Pero esa vez, sí, sólo esa vez aparecía la leyenda y el paisaje delante de su voz.

Era la sombra de la nube sobre el campo soleado. El "Ay" que nunca dijo, y que se quedaba arrinconado detrás de la copla cumplida y galana. Era el imponderable que señala a los artistas. Que distingue al que camina hacia adelante, adelantándose siempre. El árbol solo, paisaje en sí mismo. El eco abrazando al grito. El adiós, abriendo su llamarada de fatalidad en el minuto más hermoso de la vida.

Aquella frase india podría estar en la tumba de Juan Carlos:

"PUNCHAY PUNCHAIPI, TUTA IARCAJ"

*(En la mitad de la tarde
se le hizo la noche.)*

(Continuará)



CALLAN LAS GUITARRAS EN EL MINUTO SUPREMO.
CUANDO LA MUERTE ENCIENDE SU CANDELA DE
MISTERIO...

"EL CANTO DEL VIENTO"

ESPECIAL PARA FOLKLORE
POR ATAHUALPA YUPANQUI

CAPITULO XVI

*Brama el puma y por el miedo
queda tiesa la majada,
Y en el campo se alborota
retinchiando la yeguada.*

A.Y.

*Desprecio la curidad
por la vergüenza que encierra,
Soy como el león de la sierra:
Vivo y muero en soledad.*

A.Y.

*Me gusta ver al león cuando está herido
para templar mi sangre con sus quejas,
Pero enjaulado no, si está entre rejas
es súplica su voz, ya no es rugido.*

J.C.

"NO PASA UN AÑO SIN QUE CIENTO PUMAS SUCUMBAN BAJO LA TRAMPA DE LA ESCOPETA"



El Puma

Capitulo XIX del libro

EL CANTO DEL VIENTO

INFINIDAD de historias, citas, coplas, referencias y leyendas han tratado en nuestro país sobre este felino americano que nuestros paisanos llaman el puma, o el león, o "el daño".

Su imagen está fijada en los cacharros de las viejas tribus, tanto de la selva como de la montaña; en los Inti-huasi donde aún se estudian los jeroglíficos y pictografías de la indianidad.

En ellos aparecen, en claros y perdurables caracteres, las garras del puma, sus hermosos ojos crueles, la actitud de arco de su cuerpo cuando concentra la colosal musculatura pronta al salto, su aire inocente cuando se tiende sobre una peña al sol, su sereno y grave gesto de experto cuando enseña a los cachorros las artes del espionaje, seguimiento o fuga, su ferocidad cuando hunde las garras en el lomo de los potrillos, su habilidad para echarse al lomo un cordero como una simple mochila, su valentía para morir peleando, sabedor de que su bravura es peligrosa mientras le queda un poco de aliento vital.

Los libros que tratan sobre el puma, coinciden generalmente en afirmar que "el daño" sale a sus cuevas de noche, o muy temprano, antes que aclare el día.

Es posible que así sea, ya que siendo un bicho tan desconfiado elija las sombras de la noche para desplazarse por los campos, a través de los pajonales o en la maraña de los montes, en busca de presa.

Muchas veces, en las provincias, cuando al caer la tarde el invierno desata una llovizna delgada y tenaz, los paisanos murmuran: ¡Linda noche pal león!

Pero en muchas ocasiones la bestia no espera la noche, y en pleno día, en plena siesta atropella a la yeguada, o en la media falda de la sierra topa con la majada de cabras, desnucando a varias y llevándose la mejor.

Es increíble la cantidad de pumas que habitan en nuestras comarcas. Pareciera que jamás hubieran sido objeto de persecución. Pero no pasa año sin que cien pumas caigan en la trampa de la escopeta, o sucumban bajo un balazo certero, o los abata un flechazo apenas silbador en un rincón de la selva, en un vasto territorio que abarca el sur de Salta, las costas del Salado, los esteros del Dulce, las sierras de Comechingones y los llanos de La Rioja.

Hace unos años, en una gran redada entre la provincia de San Luis y el suroeste cordobés, en menos de dos meses se cazaron mil trescientos pumas, entre grandes y chicos.

Y en el Chaco, allá por Pampa de los Huanacos, los viejos pobladores suelen matar pumas y tigres para darles de comer a los perros.

Y es lujo para los puesteros del Departamento de Anta retobar sus sombreros con pieles de puma, o adornar las caronas con recortes de "El overo", "el daño" tigre o puma.

El jesuita Florian Paucke, en su "Historia de los Mucovías", nos cuenta que en 1749 hubo un envío a España de catorce mil cueros de tigre y león.

A propósito del "daño", Paucke, en sus crónicas tituladas "De acá para allá", nos cuenta que el puma, junto a los ríos, suele "pescar" metiendo una mano en el agua y moviendo suavemente hasta llamar la atención de los peces. Cuando éstos se acercan y el



"HE PASADO TEMPORADAS ENTRE INDIOS.
KOLLAS, MESTIZOS Y PAISANOS."

león cree que la presa está al alcance de su garra, da el manotón y arrojla a la orilla al pez. Salta tras él y le da una dentellada, volviendo enseguida al río para repetir la operación.

Al cocodrilo también lo vence, saltándole de pronto y rompiéndole la nuca, sin presentarle lucha. El saurio herido se tira al río, y al morir la corriente lo hace flotar hasta cerca de la orilla, donde el "daño" lo recoge y se da el gran banquete.

Antiguamente, los indios que habitaban las costas occidentales del Paraná solían cruzar los montes a caballo, protegiendo las ancas de sus bestias con un par de gruesos cueros de oveja, apenas sujetos con la silleta o la carona usada por el jinete. La experiencia aconsejaba esta precaución, ya que el puma, el tigre o el overo, cuando han devorado un hombre, no desean otra cosa, y nochan el paso del viajero en la selva.

Los mucovías y demás poblaciones del Chaco Guayana atravesaban los senderos del monte con grandes precauciones. El león, sorpresivamente, saltaba sobre ellos, y al apresar los cueros de cordero éstos resbalaban a tierra; y el jinete tenía el justo tiempo para huir, salvando así su pellejo y su caballo.

*

Hace muchos años, en lo que hoy es tapera y antes era un rancho con libros y músicas en las cumbres de Raco, en Tucumán, don Manuel Arce, poblador de esos pagos, me supo regalar un hermoso morral de cuero de puma.

"Pa que se hagan advertidos del olor del «daño», me dijo, aconsejándome que a los caballos que usara para los viajes largos por entre los montes, les diera su ración en ese morral. Era costumbre de las gentes de esas lomadas. Una especie de "gualicho preventivo".



"LA YEGUA NO SE ALEJA DE SU CRIA.
HASTA PASA HAMBRE Y SED."



YO HE TRAJINADO DURANTE AÑOS LAS
SERRANIAS DE MI PATRIA."

En el siglo pasado, en tiempos de las guerrillas, los centinelas gauchos del litoral vigilaban los pasos del río, las picadas de la selva. Y en las noches frías, llenas de humedad y cerrazones, solían cubrir sus cabezas con un cuero de puma, como si fuera un poncho salvaje, cortido de apuro, apenas sobado, oloroso a grasa amarilla. Las garras enlan a los costados del hombre, como si la "uña cazadora" pulsara el nidal de la daga, golpeando a veces los patacones de la rastra, despertando en el gaucho montañés quién sabe qué instintos recónditos que le encendían la mirada, escrutadora de toda sombra, y encendían en la sangre candelas de coraje que escapaban de pronto cielo arriba apuntalando el alarido, manera de bramar que el hombre encuentra antes de atropellar con todo, para la vida, para la libertad, para la muerte.

* ●

¡El puma!
Hay un viejo duelo, un parejo rencor entre el puma y el hombre, en nuestros campos.

Allá entre los chañares, en la bravura del garabatal, la yeguada pare sus potrillos, les lame suavemente la pelambre recién amanecida. La yegua no se aleja de su cria. Hasta pasa hambre y sed.

El potrillo apenas se sostiene sobre sus largas patitas. Intenta pasos, ensaya coces, mueve su breve rabo alegremente comenzando a gustar de la vida, olfateando la gramilla que un día probará; dando cabezazos con dulce torpeza en las ubres de su madre, provocando el manantial de su alimento.

Cada pequesña corrida le revela el mundo. Su mundo. Así, llega hasta el barranco, y se queda estremecido frente al abismo, en cuyo borde los árboles pierden su verticalidad, porque tras cada tormenta la tierra se los va. Así busca en la siesta la sombra

de los molles, hasta que la yegua, con nervioso relincho se le acerca y lo quita de la mala sombra. Dicen que el molle "tiene un aire llorador que hincha los ojos y da fiebre". Y algo de esto es cierto, ya que hay muchos hacheros que se niegan a derribar molles, y otros se han enfermado, hinchados y doloridos. Así el potrillo aprende a esquivar los hormigueros, las pencas, el falso romerillo, el agua quieta. Apenas siente el galope de los puesteros comienza a ponerse serio y da vueltas alrededor de la yegua como si todo fuera poco para protegerse.

Así, a la hora dorada de la tarde, observa con gran susto la tarea de la iguana en el piquillín pleno de sabrosísimas perlas pequeñas, rojas y negras. La iguana elige el arbusto, se acerca al débil tronco y da en él un violento coletazo. La fruta cae desparrajándose en la tierra, y el animal devora grano a grano, goloso, el dulce piquillín.

Pero sucede entonces algo sorprendente: la iguana ha sido espiada y seguida por una pequeña banda de zorales, gustadores del piquillín, pero cuyo fruto no pueden comer sobre el arbusto a causa de las espinas, y deben aprovechar las perlititas caídas. Y para esto, están dotados de una especial picardía. Un zorzal vuela y se pone a comer a pocos metros de la iguana, como eligiendo los frutos más limpios. Esta lo descubre y se lanza correteando a la caza del ave, que fingiéndose sorprendida vuela al ras del suelo la distancia precisa para alejar del banquete a la iguana.

Y es entonces cuando los otros zorzales aprovechan y comen a gusto, hasta que la iguana retorna y corre a todos los piquillíneros.

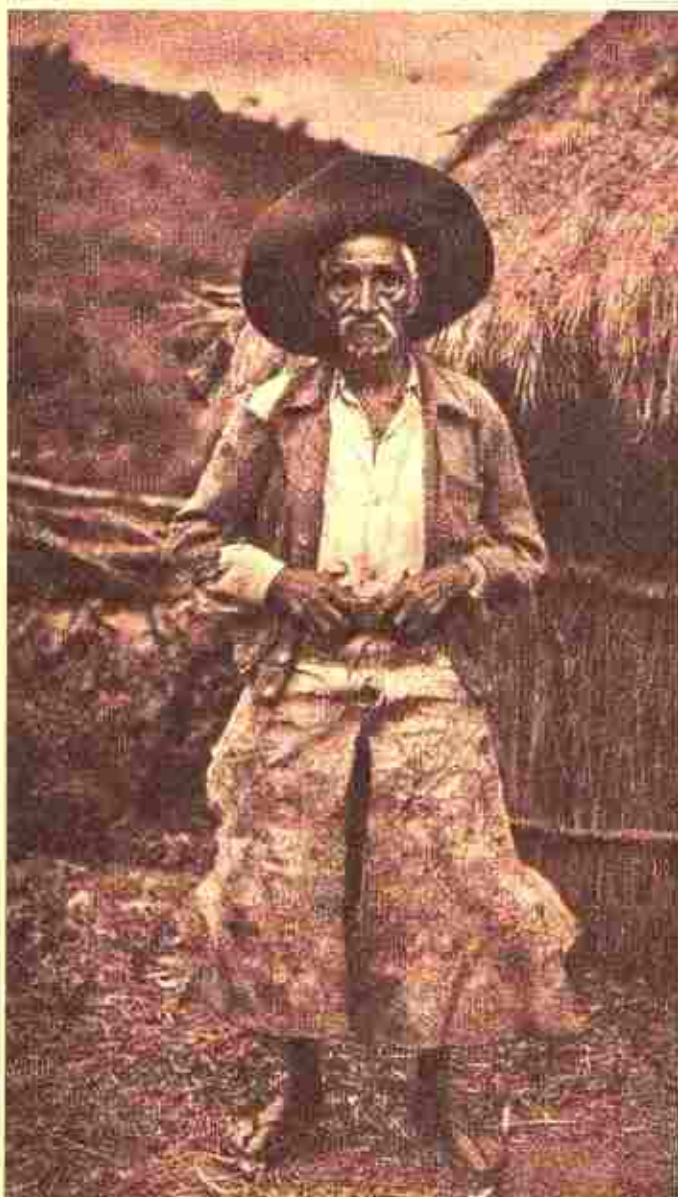
El potrillo va aprendiendo a entender su mundo. Lo demás, se lo va dictando su especie desde el misterio de su instinto. Poco anda, pero su madre lo conduce a trancos lentos hasta el árbol bajo cuya

EL CANTO DEL VIENTO

sombra dormirá, sobre pastizales limpios, sin hormigas ni peligros a la vista.

*

Yo he trajinado durante años las serranías de mi patria. He vivido largo tiempo en las hondas quebradas, en los montes, en tierras sedientas donde el salitral ostenta sus mentidos mares y sus falsos diamantes. He pasado temporadas entre indios, entre kollas, mestizos y paisanos. He dormido en chozas donde la miseria abochorna a todos los paisajes. He pasado noches en las cumbres, en los valles abandonados,



"HE PASADO HORAS OYENDO HISTORIAS A
PAISANOS CASI CENTENARIOS"

atando mi caballo a lazo largo, y asegurando la presa en una espuela, dejándome una bota a medio quitar para así despertarme al primer tirón.

He contemplado las majadas, brincando entre los peñascos de un paisaje bíblico, obedientes al ladrido del pequeño perro pastor. He mirado potrillos, tumbados sobre la dura grama, dormitando, y allí cerca, a la potrancia-madre, recortando su silueta sobre el filo de la loma.

He pasado horas entre el gauchaje de antes, oyendo historias y atendiendo consejos de paisanos casi centenarios, acerca de las diferentes maneras de rastrear y cazar a los pumas, según el día, según el terreno, según el viento.

He visto perros destrozados y otros heridos por los zarpazos del "daño". He ayudado a curar brazos casi deshechos de gente que enfrentara a la bestia con un palo de mato o de arrayán a manera de lanza. He aprendido a machacar la corteza del ceibo hasta hacerla una masa y ponerla como cataplasma sobre las heridas. He aprendido que la misma grasa del león, derritada y mezclada con buche de avestruz es el mejor masaje.

He aprendido que encerrar mulas entre la yeguada es buena seguridad, ya que el mular piafa produciendo un gran alboroto que termina por ahuyentar al felino.

Los paisajes más bellos se suceden a lo largo del camino: Cerros montosos y cerros de pedregal puro, ríos mudos y ríos cantarines, selvas altas y montes achaparrados.

Las mañanas se abren con el gran concierto de todos los pájaros. Y la tarde, lenta y melancólica va recogiendo sus polieromías, mientras se oye a la reina-mora y al cacuy, extraños como una leyenda, hermosos como una estrella o un poema. Y entre los rumores, el aleteo tenaz del picaflores junto a la flor de la penca.

Y en medio de esa naturaleza prodigiosa y deslumbrante, el puma, cruzando los campos, vigilando desde lo alto de una peña o bramando encerrado en la noche, bajo las distantes constelaciones estremecidas.

Y de pronto, el terror en el chiquero de las cabras. Y el relincho de alerta en los potreros. Y un tropel de galopes desesperados que ahogan el diálogo de las piedras con el río.

Y la perrada que ladra, se revuelve y atropella las sombras. Hasta que el puma, conseguido o no su propósito de matar, escapa mientras las voces de los hombres, antes vibrantes, son ahora un susurro que organiza la persecución.

Y tras de los cerros se acuesta la luna. Y los ladridos se vuelven lejanos. Y el viento recupera su voz entre las ramas. Y la montaña vuelve a su quietud de siglos entre grillos perdidos y misterios de tiempo y de silencios. ♦♦

(CONTINUARÁ)

"EL CANTO DEL VIENTO"

Caminos en la llanura Capítulo XX del libro

CAPITULO XVII

Especial para FOLKLORE

PASA el viento sobre las pampas, sobre las sementeras sobre la gramilla infinita.

Los pastizales parecen bailar una suerte de danza de débil vibración, como si el viento al pasar dejara sobre ellos diminutos violines invisibles, en los cuales los pájaros fueran a beber la raíz de sus trinos.

Hay un otoño recién abierto sobre la pampa, derramando serenas mieles a lo largo del paisaje.

Los tiempos han cambiado. El progreso trajo monstruos mecánicos, y los anchos caminos —rastró cicatrizado de todos los adioses— se convirtieron en cintas asfálticas para que los hombres, conduciendo máquinas veloces, pasaran de largo junto a los paisajes para sólo arribar a las ciudades.

Antes, los caminos se componían de infinitas llegadas. Los hombres que cruzaban la pampa en carretones, o montando criollos caballos, aquellos "del

aliento largo y el instinto fiel", llegaban a las etapas que determinaba el corazón, el amor a la tierra, obedeciendo el mandato de antiguas voces recónditas. Así, desfilaban "legando" al ombú solitario, al nido de homeros, al potrero de los toros, o de la novillada, o del terneraje. Así llegaban a las viejas tranqueras, donde se eterniza un pequeño lodazal amasado por el tránsito de bestias y el amontonamiento de las reses. Así, desfilaban "legando" al ombú solitario, al nido terio, garzas y mariposas—. Los jilgueros saludaban la mañana del hombre, y sobre la oscura mancha que bordaba la reja del arado, los labradores trazaban en las melgas un pentagrama para anotar con semillas la música de sus silbos, mientras jugaban las gaviotas las fantasías de una zamba plena de frescores bajo la gracia del sol.

A veces, como las puisanitas en las tardes, la pampa cambia sus percales y enoja sus encantos como si quisiera enamorar al lucero, dócil flete plateado que

"Antes, los hombres cruzaban la pampa en carretones..."



Por ATAHUALPA YUPANQUI

la luna-nueva lleva de tiro.

Abre entonces su mágico arcón y expone todos los colores frente al espejo de las lejanías. Y se queda pensativa largo rato, ya sin pájaros. Su rostro ostenta el cobrizo tono indiano, y medita sin resolverse a usar color alguno. Sólo el suyo, el de siempre, el marcado color de su raíz, de su tiempo, de su hondura. El viento, sabedor y andariego, entiende estos estados de conciencia de la pampa, y lentamente cubre el inmenso espejo de la tarde con un viejo poncho oscuro. Y por ahí quebrando los cristales de la noche, uno que otro cencerro cuele los tonos que precisa el paisaje, para que empiecen a nacer las vidalitas.

Esta es la tierra inexplorada por la juventud cantora de estos tiempos.

Esta es la llanura bonaerense —gramilla, médano, corcovo y caminos infinitos—.

Acorazada en su historia y su leyenda, la pampa no está triste. Nunca está triste. El Viento juntó en ella los tesoros del campo y los decires del gaucho. Muchos. Muchísimos. Y al pasar en su viaje sobre los pastizales, deja caer las hilachitas de los antiguos cantos, de estilos y milongas, de cifras y cielitos, de historias y refranes.

Allí están, en los corrales, cerca de los montes, como nidos de amor y de pudor, custodiados por los juncos del cañadón, o por los cardos, en la alta madrugada, bajo la Cruz del Sur.

Allí están, esperando. Esperando siempre, atentos al rumor de los caminos, siempre listos para volar hasta el corazón de los desvelados y prodigarse en consuelo, en gracia, en evocación, en belleza, en conciencia y destino.

Es verdad que las guitarras pulen sus donosuras para la zamba, y es verdad que si las guitarras son auténticas de la tierra han de traducir el exacto carácter de las chacareras. Y que frente a los algarrobales han de reaxar cabalmente una vidala.

Pero poco se puede traducir si no se conoce, en profundidad, el idioma del paisaje. Sólo él dicta sus leves en cada pago, en cada comarca.

En materia de música rigurosamente folklórica no caben las "versiones", no tiene sentido el "dicen que dicen..." Y mucho menos sirve el tocar un tema porque sí, "porque a Fulano le sale bien". Este cri-



terio, además de barato, es falso, es anti-artístico, anti-paisaje.

Un criollo santiaguense, en Salavina, canta con áspera voz su copla. Pero tiene en su auxilio, para lujo de su decir, su paisaje, su jumial, su arena, el aire de su pago, las candelas que los abuelos encendieron en su sangre.

El artista que busca los caminos del canto nativo, aprenderá la melodía y los versos de la canción. Pero el carácter, el "aire", el misterio y la gracia del canto no los podrá dar sino después del desvelo. El desvelo que supone el andar, el conocer, el meditar, el hacer antes de cada asunto musical un acto de conciencia.

El lucimiento, el espectáculo, el deslumbramiento, son cosas secundarias y hasta peligrosas. Peligrosas, porque se corre el albur de fijar en primer plano la figura y la forma habilidosa del artista, sin que estén presentes, antes, y siempre, el paisaje, la comarca, el pueblo que amasó el canto con su esperanza, su silencio, su color y su lágrima.

Todo temperamento sin cultura, muere. Tenemos institutos especializados. Tenemos academias y bibliotecas. Tenemos gabinetes de investigación para el folklore, para la etnología, para la arqueología, la lingüística y la música. Sólo hace falta, además del amor al asunto y las oportunidades, voluntad y conciencia. Profundo anhelo de hacer las cosas bien y con verdad. Después vendrá el premio al esfuerzo. O no vendrá nunca. Pero la consagración está fuera de nosotros. No nos pertenece, ni la debemos esperar. El gran dictado indica desde adentro. Afuera están sólo las cosas, y los caminos para el lento andar de los que anhelan aprender, saber, meditar, traducir.

Y entre tantos caminos, hay muchos abiertos como abanicos sobre la pampa olvidada, sobre la gramilla infinita de la llanura.

Penetremos el misterio y la gracia del canto pampeano, antes que esta multitud de hilachitas dejadas por el viento maduren demasiado en soledad y olvido. Porque después, al paso que van los tiempos, quizá nuestro corazón reduzca su caverna sensible, y ya no podamos contener para nuestro gozo voces tan importantes como esas que atesora la pampa, bajo la Cruz del Sur, tan seriamente maduradas en olvido y soledad.

● EL CANTO DEL VIENTO



"Esta es la llanura: gramilla, médano, corcovo, caminos . . ."

Tengo una novia linda
como ninguna
como ninguna.

Para velar su sueño
sale la luna
sale la luna.

Yo le canté una cifra
de nohecita
de nohecita.

Y ella me corresponde
con vidalitas
con vidalitas.

Mi novia es una estampa
Pampa se llama,
se llama ¡Pampa!

Tengo una novia linda
que es mi fortuna
que es mi fortuna.

Es arisca y dulzona
como la tuna
como la tuna.

Aquel que la conoce
nunca la olvida
nunca la olvida.

Hay amores que duran
toda la vida
toda la vida.

Mi vida es una estampa
Pampa se llama,
se llama ¡Pampa!

(Continuará.)



"Llegaban a las etapas que determinaba el corazón . . ."

CESAR BO

ENSEÑANZA DE GUITARRA



SISTEMA EN CLAVE
UNICO Y ACELERADO
TODOS LOS RITMOS

SAN JOSE 28 — 2º Piso Dto. 4
T. E. 37 - 1079

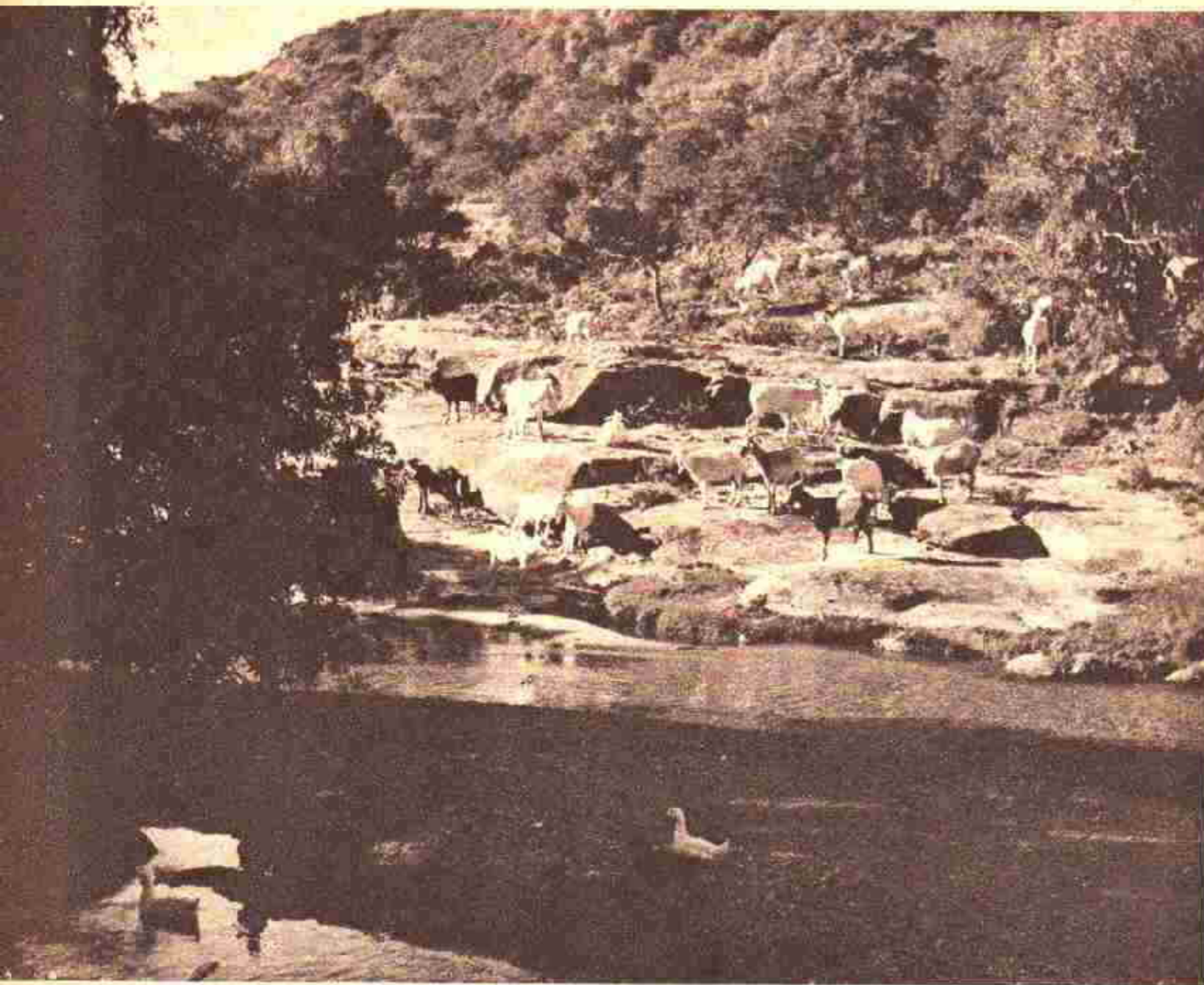
"EL CANTO DEL VIENTO"



CAPITULO XVIII

Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI



"QUEBRADA DE LUNA... RINCON DE OCHOBA... PUERTA DEL CIELO..."

QUEBRADA de Luna... Rincón de Ochoba... Puerta del Cielo... Nombres que los paisanos pronunciaban como si mordieran frutas dulcisimas de una comarca de ensueño: Ongamira. Aparecía de golpe, en el camino, este pago de ranchos apretados entre rojizos terrones que copiaban las formas de una extraña fauna.

Todo quedaba cuesta arriba: La soledad del campo, con un aire fresco que ondulaba las gramillas; las vertientes que bajaban de la parte oriental del Colchiquín, hasta formar, detrás de los Supaga, una aguada de encantamiento custodiada por sauces y chafiáres, llamada Yacochay.

Los paisanos pasaban los domingos conversando, gustando vinos lugareños, entre "agora" y "velay"; luciendo arreadores y rebenques de buena trenza, con yapas flecudas. Sobre los fletes, la tarde curioseaba las charpas del apero, los mandiles azules o bermejos, los estribos-caspi, el chapeao de las cabezadas, el lazo arrollado sobre las ancas.

En los patios el aire barría con suavidad la nieveta de los jazmines, y de las cocinas se evadían aromas de membrillos asados, de maíz de mazamorra, de azúcar caída sobre las brasas.

A veces, del fondo de las lomas venían los muidos de la hacienda, de la torada en celo. Las horas pasaban lentas y claras, mientras allá en occidente, los dioses, sin apuro, comenzaban a encender las fraguas del ocaso para despuntar las estrellas gastadas de tanto largo viaje.

Llegaba así la hora azul de las vidalas, en la última luz de Ongamira.

"Todos los que cantan bien
cantan de puertas p'adentro,
mi dulce cantar.
Yo, como cantó tan mal,
canto de sereno al viento.
Mi dulce cantar..."

La guitarra jugaba con cristales desconocidos. Era otro el aire otra la tarde, otro el paisano. Había que andar senderos de humildad, como los debe andar un forastero que no quiere ofender ni la gramilla que pisa...

Las muchachas acarreaban mate. Y de sus manos sólo emergía la bombilla, porque el recipiente estaba

cubierto con una blanquísima servilleta, como si le presentaran al cantor una paloma dormida en la nieve. El brebaje tenía un acentuado sabor a yerba-buena, y avivaba recuerdos de lejanas acequias, acercando paisajes nunca olvidados.

Recortando en el filo de las lomas su alta figura, bajaba de la sierra Deodoro Roca, con su caballete y su caja de pinturas. Había estado entre los riscos de Ochoba, yapando hilachitas dejadas por el viento. Deodoro tenía tercera dimensión. Profundidad. Sentido cósmico.

Más allá de su bufete de abogado, más allá de sus casones toda libros, más allá de sus polémicas con los académicos de la vulgaridad pseudo intelectual, su motor trabajaba creando mundos de color y de gracia, de amistad y poesía.

Al rato, estaba Deodoro, cubierto con su poncho puyo, mirando hacia lo lejos, como adivinando el camino por donde se va la música cuando el canto ventos querencias entrañables.

Junto al fogón, Carlos de Allende, vichador de troncos y ramazones, estudioso de árboles, de hojas y raíces; Un Lillo cordobés, pero al que la poesía ganó debilitando al científico.

Por ahí, haciendo espalda en la barranca que limita el patio, Alfredo Martínez Howard, el poeta entrerriano que luego de correr el mundo ancló definitivamente en Alta Gracia. El mismo chango aquel de "Cuaderno de estudiante", que miraba a las muchachas pensando:

"No aprendés a dividir,
y sabes multiplicar..."

Y como fundido en el crisol del ocaso, bajo el alero del rancho de Supaga, Mario Bravo, ausente de todo trajín político, Mario Bravo, el tucumano, hermano de las zambas y glosador de vidalas. El criollo aindiado, de pronta imaginación para un cuento, para un recuerdo para acercarnos hombres y paisajes de su Tucumán bienamado.

Entre los lugareños, el criollo "Avizcachao" —como decía Deodoro: Don Feliciano Córdoba, con sus ocho perros, cada cual con nombre y apellido. Usaba don Córdoba como sobre puesto, dos peleros de oveja sin recortar. Apenas estaqueados unos días y sobados de apuro, sin tarjar ni recortar las garras. Y usaba un solo estribo, del lado de montar. "Ansí puedo taloniar mi lobuno más mejormente. ¿Sabe...?"

No se afeitaba sino de lejos en lejos, "pa que la nieve

• EL CANTO DEL VIENTO

de julio no me escarche la yema de la cara...". —Y andaba en su viejo caballo, seguido de sus perros.

Tenía una finca regular, y vacas, y ovejas. Y vivía solo, avanzao de antigüedad pero fuerte todavía.

Don Córdoba era muy dado a escuchar. No fumaba. Cuando le ofrecían un cigarrillo, respondía haciendo un guiño: "Gracias, no tengo vicios secos...". Será por eso que, además de buen vino comarcano, bebía cada palabra que los demás conversaban, fuera el tema que fuera.

Una noche se trenzaron a discutir Deodoro y el Dr. Bravo sobre la posible habitabilidad de la luna. Citaron revistas especializadas, opiniones de extranjeros notables. Hasta el nombre estimado de don Martín Gil anduvo entreverado entre otros nombres difíciles como receta cara. La culpa de esa charla la tuvo la luna, una luna redonda y solitaria que salió detrás de la Puerta del Cielo. El pago estaba tan claro que no cabía ni la sombra de una intención.

El viento, ausente, y sólo la voz de Deodoro, en larga exposición, hablando de distancias, de años luz, de constelaciones, de estados cósmicos, de ciclos estratosféricos y otras linduras del espacio.

Don Feliciano Córdoba no perdía palabra, y escucha-

ba con asombro creciente. Hasta que no pudo más, y acercándose a Deodoro Roca, exclamó: "¡Pero, nadita había sabío viajar mi doutor en sus andanzas ¡Hasta en la luna se ha metío más de una güelta, dejuramente...!"

Ongamira... Quebrada de Luna, Rincón de Ocho-ba... Puerta del Cielo... Entre los terrones bermejos han de vagar las sombras de tus poetas, de tus pintores, de tus gauchos.

Muchos años han pasado, y no he vuelto a trajinar el cuesta arriba de tu senda, entre higuerales y durazneros, junto a la aguada del Yacochay, donde bajan a beber las palomas siesteras.

Cada mimbre, cada piedra, custodian el eco de las voces que en la tarde de Ongamira ofrendaron los poetas para el paisaje, para la evocación.

Por caminos sin regreso partieron muchos. No sé cuántas casas fijaron sus hocones después de aquellos días, en 1938. Pienso, sí en el cristal de la tarde, en los terrones extraños, en esa soledad aquerenciada de guitarras, de poemas, de acuarelas, y charlas, y silencios jugosos que me regaló la vida en Ongamira, allá, cerca de la Puerta del Cielo...

(Continuará)



"LAS AGUADAS DETRAS DEL COLCHIQUN, FORMABAN UNA AGUADA DE ENCANTAMIENTO: YACOCWAY."

"EL CANTO DEL VIENTO"

Don Jesús Capítulo XXII del libro

Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI

CAPITULO XIX



S E ha muerto don Jesús Luna, buen criollo "pa lo que maule". Difícil será olvidarlo aunque no lo nombre nadie".

Don Luna era resero, albañil, domador, picapedrero y otras yerbas. Era "siete oficios", como muchos criollos provincianos.

Y como había tenido muy buena criadez ostentaba sin orgullo su buena conducta, su generosa humildad, siempre dispuesto a hacer gauchadas.

Lo mismo rastrea un puma, que remendaba su maleta maicera. Lo mismo le quitaba el orgullo a un potro, que le componía el calzado a su changa, gurisa sordomuda, espejito empañado de la selva.

Jesús Luna vivía entre los chañares de Cerro Colorado, detrás del Puesto de los Bulacios.

No tenía camino para llegar al rancho. Era una senda, angosta, espinuda, crecedora de matas en la primera humedad. Recién a la media legua se abría el monte en un claro que llamaban "el patio". Allí estaba un corral, las cabras, la lechera, las gallinas, y la casa, donde una hermana vieja arreglaba las cosas, entendiéndose con la changa, en cuyos ojos nacía cada mañana un paisaje, de pájaros mudos y viento sin música.

Entre los gustos criollos, don Luna tenía uno preferido: Era un narrador.

No andaba por ahí buscando quién lo escuche. Pero si alguna vez la cosa venía con rumbos al cuento, a la historia, al sucedido, don Luna sacaba una tocesita cortona, y mientras trazaba con el índice quién sabe qué dibujos sobre la tosca mesa, comenzaba siempre con las mismas palabras, como un ritual de voces llamadoras de la buena memoria: "Ahura que dice eso... yo siempre me sé acordar de una guelta...". Y así, despaciosamente, casi sin levantar la vista, relataba algún asunto, algún acontecimiento del pago, gracioso ó dramático, pero sin desperdicio. Le salían imágenes "como pa verso", pero sin duda no eran más que

el vivir entre piedra, y algarrobos, chañares, represas, soledad y pájaros.

Indudablemente, don Luna era un amigo del Viento sembrador de hilachitas, el Viento de la leyenda. Por eso encontraba, sin buscarlas, las formas de expresión que le dictaba la tierra, el pago, la vida. Por eso decía los detalles de una doma, en que el potro le quería robar las riendas en furiosos estirones: "...Y a mí se me aburrían las manos de hacer juersa...".

O hablando de un día lindo: "Pasaban los pajaritos con los colores más lindos y cantando de un modo... como si Dios hubiera desparramado azúcar en el aire...".

O sobre asuntos serios: "Y... amigo, la esperanza es como la flor del garabato. Ahí está, arribita, pero hay que lincarse con tanta espina, de nó, no se logra...".

En las noches del verano, cuando en el boliche tocan "la música", don Jesús, sin bailar ni truquear, se quedaba horas escuchando la sucesión de chacareras, remedios, valsos y zambas.

A veces, la hora alta lo hallaba fuera de las casas, y entonces montaba en su doradillo y partía como sin ganas, rumbo a sus montes. Y como si lo llamaran de atrás, acomodaba la oreja "pa lo del viento" para no perderse el final de una vidala que el viento de la noche le acercaba

como un presente antiguo, como un saludo de viajero a Viajero.

"Su lazo de diez brazos su flete de ganar reales, su hacha de abatir palos guapeando en los pedregales. Su niña triste y enferma con un rosario de males Su rancho en medio del monte sin caminos y sin calles, con solo una senda larga entre los algarrobales..."
Se ha muerto don Jesús Luna. Buen criollo "pa lo que maule". Difícil será olvidarlo aunque no lo nombre nadie."

A veces, ejecutando uno de sus siete oficios, se pasaba los días enteros emparejando palos de piquillín para postes. Afilaba la azuela como para afeitarse y luego pisando el palo, comenzaba la tarea, haciendo que el filosisimo acero fuera puliendo y redondeando la madera, frenándose en la alpargata con justo golpe.

Todo lo hacía con medido tiempo, sin apurarse. De á ratos, cuando el trabajo se lo permitía, solía cantar alguna cosa, para él solo. Y cuando por torpeza o distracción cometía algún error, sacaba mal un palo ó forzaba un torniquete, se retaba diciéndose: "No cantés, que estás de duelo!"

Pasaba por el camino de la Quebrada Brava, la caravana de jinetes, rumbo a Caminaga, para las fiestas de la Candelaria. Don Luna, golilla al viento, lucía sus pequeñas espuelas antiguas. Allí en el pueblo colmado de peregrinos y curiosos, la plaza ofrecía la sombra de los viejos aguaribays. Y en los bosquecillos cercanos, envueltos en un aire de inocencia, un grupo de paisanos pasaba la siesta tabeando de lo lindo, donde Ramírez y Contreras lograban lo mejor de las chirolas con su pulso sereno, su ausencia de avaricia, y la cabal vuelta y media del "hueso".

Allí estaba don Jesús Luna, con sus amigos, que lo eran todos. Y al caer la tarde, volviendo al Cerro Colorado al trauco de la caballada, los viajeros hacían un



"ENTRE LOS CHANARES DEL CERRO COLORADO, DETRAS DEL PUESTO DE LOS BULACIOS"...

• EL CANTO DEL VIENTO

alto en la marcha, cerca de El Pantano. Liaban su tabaco, armando cigarrillos, —bebían los fletes en el agua clara, y charlaban un rato. Allí comenzaba la tocesita de don Luna, y el relato jugoso de algún sucedido. Cuando volvían á montar á caballo, ya los grillos estaban sacando la noche desde el fondo de las grutas.

Al llegar a la aldea de Cerro Colorado, los jinetes se separaban, cada cual camino a su casa. Don Jesús pasaba de largo el río, el caserío de los Sosa, el pencañal de los Guayanes, Las Trancas, y enderezaba hacia el norte, rumbo al Puesto de los Bulacios. Junto al pozo grande, abandonaba el ancho camino y ganaba el monte por la estrecha senda de los chañares. En la noche, apenas si resonaban los cascos del doradillo, como si se cuidaran de no despertar los pájaros.

Don Luna atendía la ración de su flete. Colgaba en una horqueta la bajera sudada. Bajo los horcones quedaban riendas, lazo y arreador. El hombre contemplaba las estrellas, averiguando el tiempo de mañana.

Penetraba al rancho, y se quedaba un rato observando el sueño de su changuita, la niña cercada por todos los silencios del mundo.

Conociéndolo á don Luna, no era difícil adivinar sus pensamientos de esos instantes: "Para qué brinca el agua en el río. Para qué cantarán los zorzales y las reina-moras, si ella no puede escucharlos? ¿Dónde, en qué rincón del monte, debajo de qué piedra están las palabras que Dios ha destinado para que ella las pronuncie...?"



PIEDRAS Y ALGARROBOS,
CHAÑARES, SOLEDAD
Y PAJAROS...

Jesús Luna salía con la mañana en ancas de su caballo, "pal trabajo". Y como era "siete oficios", lo mismo amansaba un potro o lidiaba con arena, portland y agua, o pulía postes, ó rastreaba pumas, ó curaba novillos en la sierra "daguelando la pisada", mientras pronunciaba en voz baja antiguas y rituales frases.

Y cada semana se proporcionaba la ocasión de una historia. Y don Luna soltaba su narración: "Si... —Me sé acordar de una guelta, cuando Rufino Galván cruzó el maizal de frente á las casas. Caminaba cayao, como el destino..."

Un día amaneció dolorido. Le echó la culpa al frío, al calor, á la fatiga. "Questo quelotro, la cosa es que no andoy bien..."

Pero a las pocas semanas ya no pudo levantarse. Veía la vida del monte desde la puerta entreabierta. Y el hombre, con la osamenta tullida, contemplaba las travesuras del sol y del viento en la arenita del patio, apenas nomás.

Murió á lo criollo, según nos contaban la noche del velorio. Seguramente sintió que se iba, y llamó á la vieja hermana. Le pidió que le ensillara el doradillo, "pero bien ensillao".

¿Pa qué...? Preguntaba la familia. Y él respondió: "Pa verlo. Ensillado, sujetá las riendas arriba, y tráilo del cabestro hasta el patio. ¡Pasiálo, pa verlo!"

Le cumplieron el gusto. El último gusto. Y le pasearon el flete por el patio, frente á la puerta del rancho. Desde el rincón, medio acomodado en su catre de tientos, don Luna contempló su caballo. ¡Su caballo! No sería raro que en ese momento, su corazón de criollo le hubiera prestado la necesaria fuerza para que suelte una tocesita, como esa con que solía anunciar el comienzo de un cuento, de una historia, llena de imágenes lindas como pa verso.

Y así mirando su caballo "bien ensillao", se fué yendo de la vida, callado, como el Destino.

"De á pié, ó en sulky, ó en carro,
los criollos de estos lugares
acompañan á don Luna
por medio de los chañares.
Son "siete oficios", como él.
Gente de los pedregales.
Paisanos de monte y cerro.
Gauchos de las soledades."
"Se ha muerto don Jesús Luna,

buen criollo... "pa lo que mande"
¡Difícil será olvidarlo
aunque no lo nombre nadie...!"

..(Continuará)

"EL CANTO DEL VIENTO"

Otoño Capítulo XXIII del libro

Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI



CAPITULO XX

HA llegado el Otoño, pintor de la Pampa. Y sobre la Pampa vá pasando el Viento, desnudando los montes, emponchando a los gauchos.

Los potreros ostentan un lujo de oro viejo en sus chalares, donde la mañana aprende nuevos tonos para su canción amanecida.

El cielo está más alto, y los cañadones, en los que el verano solía reflejar sus grandes nubes blancas, están aprendiendo a conocer la soledad.

Los caminos se pueblan de balidos, porque los hombres están cambiando de potrero a la novillada. Trajinan un poco los reseros y luego, al emparejarse la marcha de la tropa ya pueden liar un cigarrillo y pitarlo lentamente, mientras los chuzos se aburren al tranquito, sin tener una mosca que espantar.

Han de llegar los días de la yerra, después de la segunda helada grande.

Los capadores gauchos han de operar los potros y los toros, y todo ha de salir bien, sobre todo si lo hacen con luna en menguante.

En esos días las estancias estarán muy visitadas. Sulkys, caballada, camionetas, automóviles de lujo, paisanos y curiosos.

Antes... era otra cosa.

"Aquello no era trabajo.

Mas bien era una función."

Antes...

Cuando la pampa no estaba ceñida por las alambradas; cuando los paisanos errantes y los chasques cruzaban "po ande quiera"; cuando los mendigos viajaban de a caballo, de estancia en estancia, y se los distinguía por un pequeño cencerro que soltaba su bulla desde la gargantilla de viejo mancarrón.

Cuando la bisabuela Natividad Guevara, —re-sabio tehuelche en pagos de Pehuajó—, fumaba

en las tardes su pipa de yeso bajo los horcones del rancho, envuelta en un silencio que parecía nacerle de las largas trenzas color ceniza.

Antes...

Cuando los viejos de la familia volvían de los campos respirando fuerte, impregnados de un paisaje con maizales, sol y pájaros. Dejaban en los patios sus implementos, azadón, lazo, bozal, y enderezaban hacia la cocina para hacer entrega de un peludo o un pichi que habían pillado por ahí.

Cuando los caminos no tenían otra música que el repicar sereno de los galopes, o el sencillo tarareo del paisano, mientras los teros alborotaban en el bajío, y allá arriba, como llevándose la luz de la tarde pasaban las bandadas de patos

Cuando los mujeres con ademán de arpistas extendían los brazos sobre los telares primitivos, anudando los hilos en el "alma" del tejido que un día sería poncho.

La reminiscencia me trae en tropila esas imágenes que ya creía perdidas para siempre, y veo a las mujeres del Sur, afanosas hilanderas, sentadas en sillas "petizas" retobadas con piel de oveja.

Dos meses ocupaba esa tarea. Y al tiempo cabal, la mujer se erguía, cortaba los amarres del telar, pasaba la mano en amplia caricia aprobadora sobre la prenda.

Y era justamente entonces cuando ya estaba plena su madurez de madre.

Porque era costumbre pasar los dos últimos meses del embarazo trabajando un poncho.

Tiempo milagrero. Tiempo de sazón. Un día cabal, la mujer sella el tono mejor de su destino entregando un poncho para su hombre, y un niño para el rastrojo, para la Pampa, para el mundo...



"POPULAR TRADICION DE MI TIERRA, QUE EMPAÑADA POR OTROS ALBORES..."



"AQUELLO NO ERA TRABAJO. MAS BIEN ERA UNA FUNCION..."

• EL CANTO DEL VIENTO

"Dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar."

Pasa el viento sobre la llanura...

Las guitarras se tornan pensativas, ahondando su intimidad. El lujo de la danza se fué, — abrojo sonoro prendido en los flecos del Diciembre fiestero.

Guitarras otoñales sueltan sus quejas en la tarde, apuntalando el sentir de los paisanos. Y es varonil la queja, en el sobrio decir del payador.

"Popular tradición de mi tierra
que empañada por otros albores,
Viste caer deshojadas las flores
por el tiempo implacable y traidor."

El tiempo del canto está fijado por decisión del hombre. Las guitarras no mudan sus colores si el hombre fija en ellas su verdad, el color de su nacencia, de su raíz, de su afirmado espíritu.

Si el hombre, ganado por la confusión, por ausencia de personalidad, por ambición o envidia, busca reflejar en las guitarras otro discurso, aje no a su paisaje, no logrará acomodar conformidades en su conciencia de criollo. Y creará, además, un precedente peligroso, una escuela sin destino, un arte con falsedad.

Puede hacer y crear música. Pero no debe usar el pasaporte sagrado de lo ya tradicional, de las

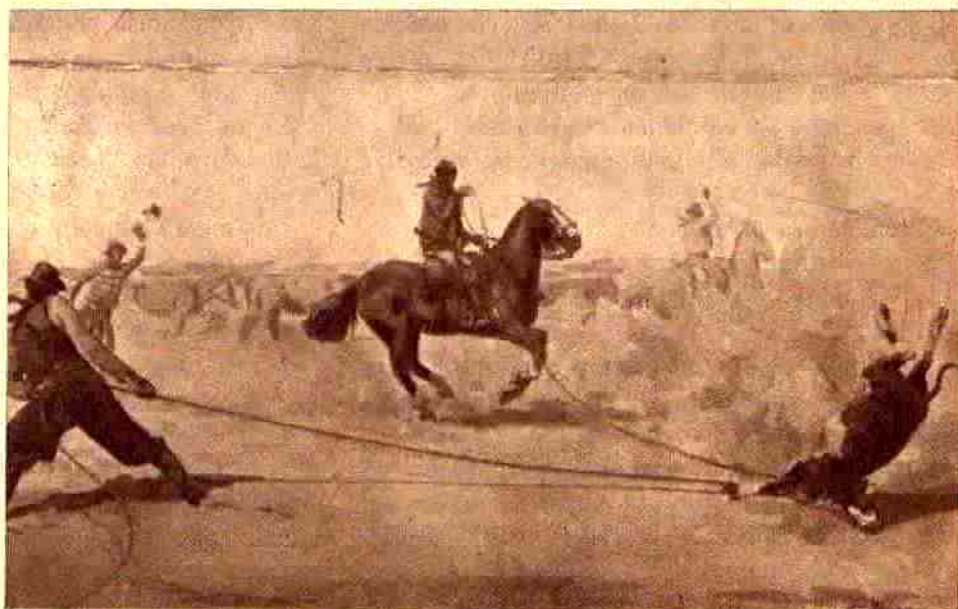
formas que ya son esenciales para el alma de la Patria. Hacer eso implica sentido de ventajería barata, además de inmoralidad artística.

Cada generación toma la herencia que les deja el quehacer de los hombres manejadores del arte popular, del canto criollo. El sólo pensar en esto debiera despertar el sentido de una tremenda responsabilidad.

Si se ama a la Patria, si se la respeta, si se cree en sus símbolos y en su raíz, en su gaucho, en su paisaje, en su destino, no se puede crear un arte innoble, ni se debe imitar un modo extraño, nó verdadero, falso de toda falsedad.

Puede gustarnos, de un árbol en el campo, su tronco, o su ramazón, o sus hojas, o el cielo que a través de las ramas se dibuja en la tarde. Pero no podemos pintar un ombú con los colores del abeto, o del limonero, o del sándalo, ni adjudicarle condición que no tiene, ni forma que no ostenta. La honradez nos obliga a mirarlo ombú, a cantarlo ombú, a amarlo ombú. La herencia que podamos dejar a la juventud cantora de mañana, no será ni nutrida, ni rica, ni fantástica: será un sentimiento, y una conciencia, y un antiguo amor de sangre, paisaje y sueño que nos vienen de muy lejos, en las venas y en el Viento sembrador de los cantares más bellos de la tierra. ❖

(CONTINUARÁ)



HAN DE LLEGAR LOS DIAS
DE LA "YERRA"...

"EL CANTO DEL VIENTO"

CAPITULO XXI

Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI

Nostalgia Capítulo XXIV del libro



Oyendo en boca de ellos una chacarera, yo evocaba aquella tierra de arenas calientes y noches abiertas...

TENIA necesidad, verdaderas ansias de escuchar una canción tradicional, de reencontrarme con el alma de mi Patria, de contemplar su rostro espiritual, de oír el latido de su corazón sensible. Esto me ocurría noche a noche, en Buenos Aires, en la primavera del cincuenta y uno, a mi regreso de Europa.

Aunque en dos años de vagar por el viejo continente me había colmado de asombro, de admiración, de luz y caminos, comprendí que también había acumulado demasiada nostalgia, y precisaba sacudirme de ella.

Siempre he sido un tanto gustador del estado nostálgico, ese movimiento del alma, caracol de rara bruma donde se aprieta un recuerdo, regusto de un estado meditativo, íntimo estar, como tan lindamente dicen los quichuistas: Sónkop-ujúmpí, "En el corazón, más adentro". Pero de ninguna manera complace a nadie ser un esclavo de la nostalgia.

Por eso, al pisar la tierra bienamada, me dije con decisión: Bueno. ¡A saludar los abuelos!

Y como mis abuelos, los de rastro blanco y los de tez bronceada, ya han cubierto sus cenizas con sus árboles preferidos, uno, el ombú, y otro, el algarrobo, salí a encontrarme con el alma de ellos que siempre está en las guitarras argentinas.

Buscaba en las noches de Buenos Aires la guitarra que hablara el idioma de mi sangre, que dijera el indiano decir de los salitrales, que me acercara al reclamo del cacuy.

Una guitarra que dijera con sagrado acento la palabra Pampa.

Una guitarra con caminos y leyendas, tibia de arenas infinitas, temblorosa de constelaciones.

Una guitarra contadora de penas superadas.

Una guitarra guardadora de coplas.

Una guitarra honda y serenada.

Una guitarra simple como el lenguaje de la madre, prudente como un paisano del sur, llena de miedos cósmicos, como el alma del indio.

La había soñado ya bajo los árboles del paseo del Luxemburgo, en ese otoño de París, cuando las piqueñas de la nostalgia comenzaban a cavar un socavón de saudades.

Y allá en las aldeas del Norte de Francia, por Lens, por Arranz, oyendo a los muchachos de la zona carbonífera con sus acordeones graciosos, pensaba en las danzas de mi tierra, en los claros payadores que en mi infancia escuché.

Y evocaba bericones en la Macedonia búlgara, camino del Mar Negro, viendo bailar la Rechenitza y el Joró a los aldeanos de blancas polainas y bordadas chaquetas.

Un fantasma de bagualas y ponchos puneños se me aparecía en las montañas de la Transilvania, en una naciente primavera con cornetas mensajeras como nuestros erkes indianos.

Y en malón atropellaban las coplas vidaleras junto al Danubio húngaro, cuando escuchaba las romanzas ziganas en esos violines apasionados que hablaban de amor junto al hechizo de los címbalos. Los cantantes, gitanos-magyares, hablaban de muchachas rubias y de mozos de altas botas. Y yo los escuchaba, mientras me rondaban ecos de viejas vidaladas, resonancias de lejanos estilos sureros de mi Patria, sombras de galopes, refranes, alaridos, silencios y pensamientos de mis gauchos. ¡Runa, allpacamaska, "El hombre, es tierra que anda"!

Por eso, por la lágrima nunca vertida, por el suspiro nunca exhalado, por esas vitales razones

nacidas de la sangre y del silencio, buscaba a mi regreso la voz de las guitarras argentinas.

¡Y sin ningún esfuerzo, las hallé!

Sí. Las encontré por ahí, donde la medianoche porteña simula salamanca provinciana, para que cada cual arrime su soledad al fogón de las coplas y el recuerdo.

¡Benditos sean, cantores de la noche, que tan lindamente, tan cabalmente adornaron la nostalgia que mi corazón cargaba desde tanto tiempo! Sí. Ahí estaban, los changos de mi tierra, misioneros de artes olvidadas.

La Donosa, La Belenista, Viene clareando, Vidala del Culampajá, Añoranzas, La vidalita de Joaquín González, De mis pagos, La Arunguita, Tristeza de un santiagueño, La Resentida, La Telesita...

Ahí estaba el conjunto "LLACTA-SUMAC", lleno de verdad y de fervor, con Esteban Velázquez y Lorenzo Vergara al frente, con Arboz y Narváez, con Miguel Ángel Trejo. Piano, guitarras, requinto y bombo. Sin primeras figuras, sin hombre en primer plano. Todos, al servicio de la canción nativa, de la canción sagrada, sencilla, auténtica. Unos, de La Rioja. Otros, de Tucumán. Otros, porteños. Pero la vidala era vidala con pureza y mensaje. Y no podía ser de otra manera, ya que a todos ellos les asistía una vocación, y una conciencia, un respetuoso amor por el folklore anónimo y por los temas de los músicos criollos que nutrían su repertorio.

Escuchar a "Llacta-Sumac" era asistir al desfile de antiguas coplas caminadas, decantadas por el tiempo y el camino. A cada danza, su ritmo. A cada canción, su exacto sentido. El

EL CANTO DEL VIENTO



Aquí estaban las vihuelas, contra el corazón del dúo Benítez-Pacheco.

luz comarcana, como color de querencia. Jamás tocó zambas "a lo Nueva York", y menos se le ocurrió nunca mezclar en el ritmo los acentos de los valsecitos peruanos.

Sí. Encontré las guitarras, vibrando en manos de Martínez-Ledesma, uno tucumano, otra santiagueño. Aunque más preparados para "lo nuevo", respetaban lo eterno. Y oyendo en boca de ellos una chacarera, yo evocab aquella tierra de arenas calientes y noches abiertas, de Sumamao, de Silipica, de Cansinos, donde el hablar de las gentes ya es música, donde corren los changos para San Esteban, donde en las fiestas se cuelgan rosquillas que penden de las ramas de los churquis, y las muchachas ríen con candor, mientras a la sombra de los algarrobos los musiqueros encienden las fraguas de la hechicería, y comienzan a brotar las "truncas", los marotes, los escondidos, los "músha". Y el bombo alcanza resonancias rituales, y danzan los

alma de la tierra está siempre presente, para la gustación de los públicos nuevos, para el goce del público en general, para la emoción y la gratitud de los que, como yo, se allegaban anhelantes de una verdad sencilla y elevada. ¡Benditos sean, muchachos de mi tierra! Nunca alcanzaré a expresarles del todo lo que mi corazón recibió de esas guitarras, de ese decir vibrante y entonado, de ese respeto por la herencia lírica, único tesoro invaluable que jamás envilece a los pueblos que lo aman, lo cuidan, y lo dan.

Sí. Yo encontré en la noche la guitarra anhelada.

Estaban ahí las vihuelas, apretadas contra el corazón del dúo Benítez-Pacheco, uno riojano, otro catamarqueño, y los dos, traductores de la pena y la gracia contenidas en el canto nacional. El chango Peralta Luna, fiel a su timidez mal controlada, apenas si bordaba los cielos de la zamba. Y su adorno era justo, porque en las venas le caminaban los dictados de sus abuelos shalacos, y lo hacían ordenado en su grato discurso de pianista criollo. Y veraz, porque aunque amaba los ritmos de América, nunca tuvo la tentación de ofender a la vidala con un acorde que no le correspondiera como paisaje, como



Escuchar a "Llacta-Sumac" era asistir al desfile de antiguas coplas...

reverberos cerca de los quiscaloros y los ucles, mientras los santiagueños se entregan a la danza, olvidando toda pobreza, todo desamparo, toda lejanía...

Sí... Estaban las guitarras preparadas para el canto de la tierra. Estaban estremecidas de chayas y de coplas, acompasadas, serias, en manos de los Peralta-Dávila, muchachos de aquel Chilelto de claras calles apacibles, entre viñas milagreras y soles firmes. Guitarras que traían el aire ennoblecido de Samay-Huñsi, con sus álamos, su acequia, sus sauzales, el sendero de las siete piedras por donde vaga la sombra pensativa de Joaquín V. González.

Yo los escuchaba, agradecido por los recuerdos que traían a mi corazón, y evocab mi paso por Tinogasta, por Pomán, Londres, Belón. Veía la majestad del Famatina, el camino a la vieja mina La Mejicana, recordaba los vientos desatados de sus mesetas, los paisajes tendidos a la falda, el desierto por un lado, y la sucesión de de cumbres al oeste. Y el calor allá abajo, y la arena roja de Viehigasta, y el abanico de sondas en Patquía, y la paz de Los Llanos, jarilla, breas y chañares en una pampa montuosa de misterio y de historia aquietada.

Ahora, al recordar en estos días el tiempo pasado, a pesar de que no han transecurrido mu-

chos años, me asalta un pensamiento que me torna confuso y me llena de preocupaciones.

Pienso en la gente viajera. Pienso en los hombres que parten del país por algún tiempo. Pienso en los argentinos que se ausentan por dos años, o más.

Y me pregunto: Cuando retornen, ¿hallarán las guitarras traductoras de la verdad nacional, el acento pulsano, la voz de la comarca añorada...?

Cuando retornen, ¿estarán los cantores preparados de verdad folklórica, de respeto por el alma de la tierra, para cantar las coplas provincianas con autenticidad?

Temo desde ya, no por mí, sino por la mozada viajera, que tal vez al regreso, las guitarras no le muestren la verdadera fisonomía del espíritu nativo, que la confundan y la engañen, aun sin quererlo.

Temo que haya de desbrozar mucha selva de "innovaciones", que carpir mucha maleza inútil, para hallar la margarita que Dios puso sobre el campo para gracia del paisaje, pequeña verdad, luz, aroma y color sobre la tierra, quizá tono primero de la más tierna copla que el Viento de la leyenda sembrara sobre la Patela nuestra...

(Continuará)

Impactos de Radio LIBERTAD

Gauchaditas Folkloricas

LA PENNA DEL AIRE MAS CONCURRIDA

BAILE Y APLAUDA A SUS ORQUESTAS FOLKLORICAS FAVORITAS



TODOS LOS DOMINGOS EN NUESTRO SALON AUDITORIUM de 21:30 a 22:30 hs.

Animan:
• GUILLERMO LAZARO
• CHELA JORDAN



"EL CANTO DEL VIENTO"

El Compadre Chocobar Capítulo XXVI del libro

Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI

FELIPE CHOCOBAR es un indio sabedor de sendas y lejanías. Hace mucho tiempo ya que se doctoró en baquianidad andina. Nació con todas las condiciones para ser un baqueano y un rastreador de ese complejo mundo de valles y quebradas, huáycos y "refaladeros", pajonales y nieves, cumbres y abismos del infinito valle calchaquí.

Chocobar nació en la comunidad indígena de Amaicha del Valle, en la esquina más lejana del noroeste tucumano.

Amaicha, que quiere decir "Cuesta abajo", era una aldea formada por la reducción de las familias indias en el siglo XVII. En aquellos tiempos los hombres se nombraban Mamani,

Chaile, Chocobar, Chauqui, Condóri, Aguaisol, Sarapura, Tolaba...

Luego vinieron Arces y Rodríguez, Maidanas y Suárez, y se creó una suerte de mestizaje que afirmaba el criollismo de la colonia.

Cuando pasé por Amaicha comenzaba el año 1932. Venía yo desde la Ciénaga de los Terán, cruzando Tafi del Valle, Cara-Punco, Río Blanco, El Infiernillo...

Tierras altas y pastos ricos. Caballada flor, pashucos peruanos repicadores del suelo con fuerza y con gracia. Gauchos tafinistas, mestizos, gente de piel blanca curtida por los soles, pero con el clásico perfil del indio. El sello del cóndor en su perfil, las pestañas chuzas y el

"Cuando fue Marucho, Chocobar era como una sombra que cuidaba las mulas..."



ademán prudente. Gentes que miraban con infinita libertad, con una serenidad sin miedos. Gentes con mucha confianza en su brazo, en su flete, en sus espuelas, en su paisaje.

Llegué a Amaicha con el corazón cargado de bagualas. A lo largo del viaje me acompañó ese grito que nunca se despeña, y que los tafinistas antiguos llamaban el "Jói-Jói". Porque, antes de lanzar la copla al aire, como forma de probar la voz, elevaban el grito diciendo: "¡Jói... jói...!". Y así, un par de veces. Y quedó esa voz como sello, como estribillo o refrán del viejo cantar arribeño.

Se descolgaba de la alta soledad del hombre la baguala, corría en la tarde resbalando en las mesetas donde la nieve se arrincona en los peñascos —brincaba sobre los huáycos y ganaba las laderas, para perderse perseguida por todos los ecos que el canto despertaba.

"¡Jói... jói...
De las peñas vengo.
Pal valle me voy!"

Desde las cuestas del Cara-Punco y el Infiernillo se tendía un largo camino que serpenteaba en lento y porfiado descenso, hasta llegar, después de trajinadas leguas, a Amaicha del Valle. Quedaban, como postas del viajero, la pequeña escuela de El Cardonal, el apeadero de San Antonito y un extraño lugar llamado Tio-Punco, que quiere decir "Puerta del arena". Y al final, como en una hollada, Amaicha del Valle, pequeña aldea, con rancharío desparpado a lo largo del río, con el nombre de Los Sassos, Ampimpa arriba y Ampimpa abajo.

Allí nació Felipe Santiago Chocobar. Allí corrió sus años changos, bajo la vigilancia afectiva de su padrino, el cacique Agapito Mamani.

Como todo muchacho indio, "bien advertido", fue marucho. En los largos viajes de los hombres con hacienda, con cueros, con piezas de carcería, Chocobar era la sombra pequeña que cui-



CAPITULO XXII

daba las mulas, los arcos, elegía los rincones del pastoreo, las aguadas.

Con el tiempo adquirió la baquianidad, y al llegar a hombre ya no tenía secretos la montaña, ni el valle, ni la senda.

Además, mantuvo siempre su orgullo de indio amaicheño. Los trajines de su oficio lo llevaron a Bolivia, a Chile, a través de las punas, los salitrales y las cordilleras.

En cada aldea del camino dejó un cordial recuerdo, una amistad, un fogón encendido para meditar.

¿Por dónde no habrá andado este Chocobar inquieto, coplero, amansador, viajero del largo camino?

Se casó con una criolla, hija de don Manuel Arce, y se afincó en las cumbres de Raco.

Allí lo hallé una tarde, hace muchos años, cuando decidí vivir un tiempo en esas soledades. Chocobar me ayudó a levantar los horcones de mi rancho, allá, cerca de las nubes, entre las cumbres raqueñas, en las que pasé una de las etapas más solitarias y hermosas de mi vida.

Muchas noches, desde mi lugar, solía traerme el viento la voz del amaicheño, colgando en la sombra del sendero la copla preferida:

"Charanguito...
Huáccan hermano..."

La melodía, conservando el modo clásico pentatónico, jugaba a frases como desprendidas de algún antiguo yaravi.

Otras veces, la voz de Chocobar era baguala pura:

"Cafayate y Tolombón.
Bollo grande y llenador..."
"China fiera,
rastrojera..."

Isabel Aretz Thiele, cuando recorrió los valles juntando melodías y coplas folklóricas, anotó cinco modos distintos de bagualas vallistas, todas dictadas por Felipe Santiago Chocobar.

• EL CANTO DEL VIENTO

Este hombre, tan completo en su oficio, solía cantar acompañándose con la caja, el viejo tamboril andino. Tenía en su rancho hasta tres tamboriles diferentes, los cuidaba mucho y su gusto era probar la sonoridad del instrumento, escuchar el vibrato de la chirlera junto a su rostro y soltar su Jói-jói con segura y fina voz.

Su buen ánimo no lo abandona jamás. Detrás de su rostro indio, detrás de sus pequeños ojos renegridos, que le hacen ostentar una máscara dramática, se esconde un diablillo burlón, amigo de la luz y la gracia, de la broma y el canto.

Después de muchos años de vivir en Raco, el amaicheño enviudó. Sus hijos se fueron por diversos caminos. El hombre se halló, de pronto, con cuarenta años encima, empobrecido y solo.

Juntó sus pocos animales y los malvendió. Y una mañana ensilló su zaino cola larga y partió sierra adentro, camino de la Hoyada. Por esa senda comienza a andar, y luego de dos días de penosa marcha llega a Tafi del Valle.

Chocobar conocía esa ruta. Cien veces la hizo. Montó a caballo y miró por última vez el rancho que fue su hogar y que los vientos pronto convertirían en tapera.

¡Destino de las cosas! Tapera sería esa casa de pobre. Y estaría frente a frente con otra tapera, aquella que fue rincón de lirismo, de copla y sueño, cuyos horcones el hombre me ayudó a levantar años atrás. Tapera es hoy aquel rancho que tanto quise y que los tiempos cubrieron de pajonal, enredaderas y olvidos, después de las luchas bravas que sostuve y que remataron en una zamba que me lastima cada vez que la canto: "Adiós, Tucumán".

Felipe Santiago Chocobar volvió a su pago de Amaicha del Valle. Volvió a los huáicos de Ampimpa, a los arenales de su infancia. Por ahí andará, quizá un tanto silencioso, pensando cosas de aquellos tiempos, de los viejos andares, de los rezos en medio de las cumbres, de los soles desmayados en los abismos del poniente; de las lunas caminadoras del cielo calchaquí.

"Se descolgaba la Baguala de la alta soledad..."



"EL CANTO DEL VIENTO"

El Riojano Z. Z. Capítulo XXVII del libro

Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI

CAPITULO XXIII



"Durante horas oíale recordar a su Rioja..."

"Pasa el tiempo...
Los años se inscriben en la carne
del árbol que envejece.
¡Sólo tú no pasas, música inmortal!"

ROMAIN ROLLAND

ESTOS riojanos, con su larga fama de "pobres", tienen una riqueza folklórica como para prestar leyendas y exportar coplas a más de alguna presumida comarca.

Z. Z. Agüero Vera, riojano profundo y escritor de nota, solía decir: "Si uno no fuera tan ocioso, podría escribir diez libros sobre historia y tradiciones, abarcando sólo la región entre Mazán y Olta."

El autor de "Los ojos de Quiroga" tenía tercera dimensión y gastaba su riqueza de imágenes en cuentos y leyendas, poemas y vidalías. Era un verdadero deleite escucharlo en aquellos años posteriores a 1930, cuando todavía la gente se reunía para practicar un hábito que venía de lejos con jerarquía de rito: Para conversar.

¡Qué bien soportábamos los jóvenes de ese tiempo el ritmo bravo de Buenos Aires, la lucha desapareja, el largo esperar, el fogón escaso, la promesa incumplida, el engaño inútil!

Es que teníamos lo que Ortega llama "la ventana abierta". Y nuestra ventana estaba orientada hacia el paisaje de esos hombres que nos recibían con generosidad y comprensión, en sus casas sencillas, en sus patios de barrio, o en sus salas repletas de libros y recuerdos. Así conocimos algunos grupos de "seres pensantes", de hombres con ideas y caminos, madurados en el pensamiento y la cultura, que mucho nos ayudaban con sólo dejarnos en un rincón, escuchándolos en diálogos a veces apasionados sobre problemas del mundo y de la vida.

Lugones, Burghi, Martín Gil, Gerchunoff, Saldías, Deodoro Roca, Julio González, Mantovani, Canal Feijoo, Coviello, Bravo y otros más, constituían los pequeños cenáculos donde conjugaban el tiempo del hombre y del mundo. Re-

cuerdo con claridad una noche larga en discusiones acerca de "La historia de San Michele", sobre la personalidad de Axel Munthe, con un acuerdo final en el que no quedó muy bien parado el prestigio del autor de "Hermano perro".

Tomaban un libro, o un autor, y lo analizaban en profundidad. Luego buscaban elementos nacionales parecidos, y allí ardía Troya. Otros penetraban, como llevados de la mano, en "la selva de la filosofía", como gustaba decir García Morente, y brillaban en citas y tendencias donde pasaban rigurosa revista a Kant, Spinoza, Demócrito, Píndaro y Sócrates. Otras veces las sesiones tenían en el banquillo a Bach, a Beethoven, a César Frank, a Debussy, a Vivaldi y Monteverdi. Y en memorables ratos solían hacer gala de su agudeza frente a la pampa o la sierra nuestra. Y aparecían los detractores del gaucho, los que intelectualizaban las condiciones del hombre rural de antaño, y los simpatizantes, los que tomaban un tipo de hombre tal cual era, sin deformarlo ni idealizarlo.

Las visitas a estas salamancas culturales nos obligaban a leer todo lo que caía en nuestras manos, a metodizar la lectura, a disciplinarnos hasta donde nos fuera posible.

Por supuesto que no aspirábamos a alcanzar la altura de semejantes colosos. Pero sí anhelábamos entender su pensamiento, su rumbo, su posición. Alguna vez, Manuel Farías, al salir de esas reuniones, me decía: "Tengo la impresión de que esta gente enrarece el aire que respiramos..." Otra vez comentó: "Muy bien, Confucio. Pero me quedo con Lao-Tse, filosóficamente perfecto."

• El canto del viento

Pero, indudablemente, aprendíamos y avanzábamos.

Aquella pampa en que nací, apretada entre la leyenda y el cielo, comenzó a tener un sentido en mi vida, un destino, un objetivo. Decidí entonces una posición frente al paisaje que amaba. Ni primitivismo, ni espiral que me divorcie del sencillo decir. De paso cumplía con un imperativo de mi temperamento, y con una ley que se afincaba en mi orfandad literaria.

Yo aspiraba a traducir las cosas del paisanaje del sur y del norte, los sentires del hombre campero, como si fuera él quien me los dictara. Todo aquello que el hombre hubiera querido cantar o mencionar, pero sin tomar posición filosófica, ni política. Separar al hombre de todo lo que no sea su paisaje. Seguir, en suma, el



"...observando el «topamiento» del Niño Alcalde con San Nicolás..."

buen consejo de Ricardo Rojas: "Que sea verdad el canto que nos conmueva, siempre que antes haya emocionado a los hacheros, a los humildes hijos de la tierra..."

Fue, pues, en una de esas reuniones donde me topé con Z. Z. Agüero Vera. Y fuimos amigos, con un sentido de tierra que auspicia el germen. Durante horas oíale recordar a su Rioja, sus llanos de chañares, breales y algarrobos, sus arenosos caminos por donde la historia transitó con alboroto de lanza, espuela y grito. Las escenas de vaquería ocupaban lo mejor de sus evocaciones. Era conocedor y además ponía fervor, sagrada luz, en su discurso. Cuando llegué a La Rioja, años después, y recorrí sus bílicos paisajes, ya tenía el conocimiento por adelantado de la manera de ser de sus gentes, gracias a Fausto Burgos, a Adán Quiroga, a Dardo de la Vega, al inolvidable Joaquín V. González y a este riojano tan riojano, capaz de sonreír frente al olvido, que era Agüero Vera.

Lo recordé muchas veces observando las fiestas de diciembre, "El topamiento" del Niño Alcalde con San Nicolás, "El Tincunacu", cuyos versos traduje del quechua tiempo después a pedido del Padre Juan Carlos Vera Vallejo.

Conocí muchos riojanos honorables, con mucho paisaje dentro de ellos. Mielles entrañables se vertían sobre las charlas de estos provincianos en su recordar del pago.

Hay un cuento sencillo, una fantasía que narran los paisanos: Dicen que un buen hombre, al morir, fue al cielo y lo recorrió teniendo como cicerone al mejor guía: Tata Dios.

El nuevo huésped admiraba lugares de encantamiento. Pero por ahí observó a dos hombres, de criolla estampa, estaqueados en un cepo primitivo, sin movimiento alguno. Venciendo el apuro, le preguntó a Tata Dios por qué estaban esos criollos sometidos al cepo, qué pecado habían cometido.

Y Tata Dios habló: Ningún pecado, hiiiito. ¡Si son las almas más buenas del mundo! Pero sucede que son riojanos, y si los dejamos sueltos se me vuelven a La Rioja...!

Este y otros cuentos certifican el profundo amor que el riojano siente por su tierra. Aunque tenga que vivir en pobreza, casi en olvido, prefiera la luz de la comarca nativa, la sombra de los viejos algarrobos, frente a las siestas largas y cálidas, como esperando que el crepúsculo le arrime un amago de brisa, a la hora en que los duendes llanistas comienzan a yapar las hilachitas de una vidala.

(Continuará)

"EL CANTO DEL VIENTO"



Especial para FOLKLORE

CAPITULO XXIV

Por ATAHUALPA YUPANQUI

EL viejo Cata tenía su hija casada, que vivía en la zona boliviana, a pocos kilómetros de la frontera salteña.

El hombre, enfermo "de los hígados", apenas podía con su vejez y sus achaques. Pero montaba a caballo, y diariamente cruzaba "la raya" para visitar a sus nietos; almorzaba con ellos, y por la tardecita volvía a su rancho en territorio argentino. Y siempre traía bajo las coronas un par de kilos de matambre, y alguna vez una botella de "singani", el buen aguardiente boliviano.

Así, andaban los días y los meses. En invierno, don Cata lo pasaba muy mal. Vivía en la zona de los bosques, más allá de Tartagal, en lo que denominan el Chaco salteño. Los agostos desataban su manada de cuervos sobre los montes húmedos. Las crías chicas no salían de los corrales, y los ranchos se ennegrecían con el humo picante de leñas verdes y mojadas.

Cata combatía la pobreza vendiendo la mitad de su "churrasco" a unos vecinos tan pobres como él. Total, unas chirolas para yerba... Cerca de su rancho, el camino ancho vibraba constantemente con el trajinar de camiones y carros en la selva.

De vez en cuando, su yerno llegaba a verlo, de noche alta. Detenía el camión y saludaba al viejo. Departía con él unos minutos y luego seguía viaje.

El mozo era camionero de los Iglesias, y sus viajes eran misteriosos. Los Iglesias eran campeones en el contrabando. Cubiertas, caucho, pieles y maderas introducían a territorio argentino. Cuando conseguían buen precio, ven-

dían incluso sus camiones, y a veces volvían cargados de mercaderías que se cotizaban alto en tierra boliviana. Santa Cruz de las Sierras era la capital del mercado negro y allí reinaban los burladores del fisco.

Todas las ganancias ilícitas era oro que rodaba por las tabernas, entre orgías baratas y lujuria de prostíbulo. El cholaje bebía y bailaba los bailecitos cruceños, mecapaqueñas y cuecas del oriente. La cerveza era un caldo en ese trónico donde las pasiones no tenían freno, y de las bacanales de arrabal participaban los Iglesias, los muchachos camioneros, las mozas del dancin y los milicos del piquete. No importaba el gasto. Entre risas, insultos, algún botellazo y rezongos rítmicos pasaban tres días de juerga los industriales del contrabando, con sus peones y sus sirvientes.

Era un secreto a voces la actividad de los Iglesias. Pero los mozos estaban "acomodados". Todo parecía legal, inocente, correcto. Un billete de mil es buena llave para la indignidad.

Para asegurar el "negocio", uno de los hermanos Iglesias vivía casi todo el año en Buenos Aires. Los más lujosos cabarets conocieron su rostro de cholo amoratado por el alcohol y la cocaína. Siempre tenía a su lado una buena moza alouilada, cálida estrella de la decadencia moral del mundo. Cuando cerraban el cabaret, el Iglesias "aporteñado" cargaba su moza y la orquesta, y se largaba a los cafés nocturnos donde se hacía música nativa. Era recibido como gran señor. Tiraba billetes y gritaba órdenes: "¡Toquen, cucarachas!..." era su manera de pedir música. Y los mocitos tocaban más y más

• EL CANTO DEL VIENTO

chacareras para endulzar las horas del inmundo personaje.

Un día pareció que estas cosas llegaban a su fin. La represión del contrabando se organizó con consignas severas. En distintos sitios del litoral, entre los riachos y canales, y allá, sobre las punas calladas, silbaron las carabinas, se coparon bolsas, paquetes, cueros, grasas, instrumentos diversos, y se apresaron contrabandistas. Pero los presos eran pobres kollas contratados a jornal, y comandados por un capataz. Los capitalistas, los verdaderos negociadores, seguían a salvo. El apresamiento del contraban-

do era ya cosa calculada que se registraba en ganancias y pérdidas.

Los Iglesias no entraban en estas dificultades. Eran demasiado duchos y trabajaban en negocios "grandes". Es posible que hubieran detenido un tiempito los acarreos, hasta ajustar las líneas de la seguridad fronteriza y trabar amistad comercial con nuevos personajes. Pero cubierta ya la trampa, seguían comerciando como en chacra privada.

Una noche, las estrellas se asomaron como siempre, ignorando que a poco habían de reflejarse sobre un pequeño charco de sangre criolla



Se perdió en el camino de rojizas arenas. Que se angostaba poco a poco hasta ser una senda sacrificada por el abrazo de la selva...

Había orden de arrasar con los contrabandistas. Cambiados los piquetes, tenían consignas crudas.

El viejo Cata había cruzado como siempre la línea fronteriza, y jugaba con sus nietos, que le acariciaban la blanca pelambre que usaba por barba.

Nunca había estado más contento el kolla. Sentía renacer los jugos de la vida en esos cambios descalzos y mansos, que travesiaban con cariño inocente con su vejez enternecida.

Al llegar la nochecita, ensilló su zaino, guardó sus dos kilos de "tumba" y su botella de aguardiente bajo las caronas, saludó a los suyos y partió. "Hasta mañana, hijitos." Los otros le contestaron: "Vaya con Dios, tatita."

Don Cata inclinó el cuerpo y el zaino "agarró" el tranquito marchador. Cruzó los cercos del rancherío y se perdió en el camino de rojizas arenas, que se angostaba poco a poco hasta ser una senda sacrificada por el abrazo de la selva.

Cruzó "la raya" por el paso de siempre, a quinientos metros del piquete de vigilancia. Lo hacía todos los días. Los milicos de antes lo sabían. Todos lo conocían. Sospechaban que alguna cosita se traía el pobre viejo, pero lo dejaban no más. Total, poco sería para su hambre y su vejez.

Cuando se acabó la senda, a los pocos kilómetros, salió al camino ancho. En la sombra, alguien le gritó: "¡Ep...! ¡Párese!" El viejo dudó un momento y pensó seguramente que no sería para él esa orden. Y siguió, al tranquito no más. Inmediatamente se oyó otro grito, un sonido metálico, y sonó un tiro de máuser que estremeció los montes. Entre el ramaje se agitó un rumor de vuelo rápido de aves asustadas.

Cuando uno del piquete llegó hasta el viejo, éste estaba tumbado sobre una huella, desangrándose. En el charquito de su propia sangre, el viejo veía que una estrella le estaba haciendo guiños.

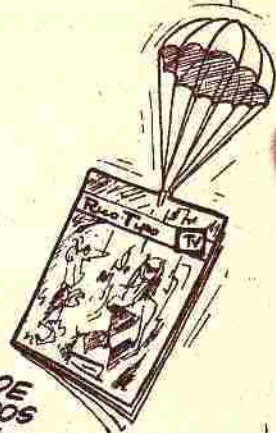
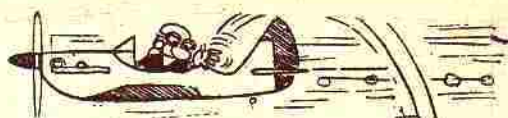
No hubo nada que hacer. El zaino quedó quieto, junto al cadáver.

Otros milicos se acercaron, y luego de revisar el apero, descubrieron dos kilos de carne y un frasco de aguardiente. Tenían con ese material el mejor justificativo para su crimen.

Al rato, se oyeron toques de bocina. Hicieron a un lado al zaino, y sacaron al difunto de la huella.

Minutos después, pasaban pesadas y ruidosas, las caravanas de camiones conduciendo mercaderías de los Iglesias...

(Continuará)



...¡Y NO SE OLVIDE
DE TRAERLO TODOS
LOS MIÉRCOLES!...



Rico Tipo 

Aparece los miércoles

¡Mil chistes, cine, deportes, carreras, cuentos, actualidad, notas para reír o mandíbula batiente y una SECCION DE TV con alto voltaje! Historietas y...

¡Las CHICAS más lindas del mundo!...

¡Colaboran los primeros dibujantes argentinos y los escritores humorísticos más cotizados del país!...

PIDALO A SU CANILLITA

"EL CANTO DEL VIENTO"



Especial para FOLKLORE CAPITULO XXV Por ATAHUALPA YUPANQUI

EN la zona del oeste riojano, a lo largo de los valles interiores por donde atravesaban de vez en cuando los arreos de vacunos rumbo a Chile, se mantiene todavía una suerte de usos y costumbres muy antiguos entre los pobladores de esas precordilleras de piedra áspera, escasa agua y arena rojiza bajo un cielo sin nubes.

Desde el Huandacol de Santa Clara, hasta el legendario Valle de Vinchina, y aún hasta las soledades del Jahué de los diaguitas, se tiende la comarca del oeste riojano, a muchas leguas de Chilicito, hacia los Andes.

Una suerte de aldeas se tiende a lo largo de esas setenta leguas. Aldeas quietas, de adobe y cal, ancho patio y palenque al frente; dichas aldeas gozaron de prosperidad durante el siglo pasado, cuando los pastizales y alfalfares de Villa Unión, de Villa Castellí, de Los Palacios y Huandacol facilitaban el tránsito de haciendas para Chile. Luego de una sequía que duró casi veinte años, la población emigró a Chilicito y a la ciudad de La Rioja; el gaucho quedó "de a pie", y los hacendados chilenos de Coquimbo y Copiapó no tenían interés en haciendas flacas.

Y allí quedaron los horcones de las casas viejas, mudas como taperas, aguantando el peor de los silencios: el silencio con miseria. Se quedaron los heroicos, los arraigados, los que jugaban con el corazón de las cosas tradicionales de la zona, los que querían morir en su pago. Allí, en la costa precordillerana, hay pequeños viñedos muy afamados. No alcanza tal industria a servir para la exportación hacia los grandes centros. La cosecha se consume en la zona, y a lo sumo llega algo hasta Chilicito. Cuando llega el tiempo de las pasas, las viejas

y los changos al atardecer, cuando amaina el viento Zonda, se trepan a los techos para "tipiar" uva, es decir, para aventar la tierra de los granos de uva reluciente, y acondicionarla para poderla vender luego. Esta tarea la realizan personas livianas, porque los techos son de paja; y allí, mujeres y changos son livianos por naturaleza y por desnutrición.

Entre las costumbres más tradicionales que se cultivaron hasta fines del siglo pasado, se hallaba el arribo de los estancieros y campesinos y gauchos prósperos para lo que denominaban "el tiempo de la sed".

La peonada, las chinitas y el changuerío hacían el gran rumor que prestigiaba al viñedo de un vecino o le decretaban un bochorno que duraba un año entero.

Cuando virques, cascos y barriles estaban repletos del buen vino comarcano, era la señal de que había llegado "el tiempo de la sed". Pero "el tiempo de la sed" era una ceremonia báquica en la que participan solamente "los señores" de la zona. Tradición del tiempo feudal, se mantenía en los campos montañosos de La Rioja, entre los caballeros que usufructuaban los "vinculados" y las heredades cuyo origen se remontaba a la cédula real, o entre camperos que ostentaban una castellanía sin mácula indiana.

Los señores recogían informes acerca de la mejor producción de vinos en calidad, y disponían "bajar" a las aldeas para una fecha determinada.

Llegada la fecha, enviaban una avanzada de peones y "propios" hacia las fincas con viñedo de las aldeas, con el anuncio de la "bajada". Los dueños de la bodega casera preparaban hospedaje para cincuenta o más personas en amplios

● EL CANTO DEL VIENTO

cuartos, y habilitaban los patios para los banquetes íntimos, de estricta selección, y para los bailes nativos que infaliblemente debían llevarse a cabo.

Los serranos venían preparando a su vez "las ganas". Durante meses y meses, bebían sólo agua, y desarrollaban su vida dentro de una sobriedad de tipo ritual. Es que estaban "amon-tonando sed".

El día señalado para "la bajada", toda la aldea ganaba los costados del callejón por donde pasarían luego los vallistos y cumbreños, jinetes en sus mejores caballos y mulas andinas, luciendo platería en los aperos, y produciendo la algazara de chicos y grandes con la polirritmia de espuelas y lloronas, única música que acompañaba esa procesión de sedientos señores de largas barbas y lujosos atavíos gauchescos.



Ya la avanzada de peones y mandaderos había arreado las vaquillonas de mejor marca y peso para ser sacrificadas en la quincena. Lo que sobraba en carnes, pasteles y vinos, se "desparrramaba" entre el pobrerío, que asistía desde afuera al desarrollo de la fiesta, atraído, más que por las conversaciones, chistes o dudosos discursos de los vallistas, por la armonía de las canciones y la quejumbre de los tamboriles cumbreños que tañían los melancólicos tonos de la música lugareña. Las trovas y tonadas de coplas amoratorias, endulzaban la noche limpia de esa Rioja lejana, y ponían en la fiesta báquica, sensual y desenfundada, la nota de pureza necesaria para que pareciera menos bárbara la ceremonia "del tiempo de la sed".

Parte del ritual era la consigna de no alterar la alegría con asuntos de rivalidad y enojo. Se dormía cuando el lucero abochornaba con su belleza a todas las estrellas que fugaban en la media claridad de la naciente aurora.

Era por las mañanas, cuando reinaba el silencio en el caserón. Y era en esas horas, cuando una multitud de mujeres y changuitos descalzos, con canastas, alforjas y cazuelas de alfarería diaguista, asomaba por el portón de los corrales para recibir "lo que sobró anoche". Y así, día tras día, y noche tras noche, se desenvolvía la parranda ritual de los caballeros serranos. Bebían incontable cantidad de vinos, desde el "asoleado" y el "puesto en sombra", hasta el "pisao con pata'i chango" y el famoso "agüita'i Dios", como le llamaban a un vinito blanco de inocente cara, y más "patiador que mula sanjuanina".

El hecho que se rezara antes y después de comer no era incompatible con el lance amoroso ni la creación de comanditas para apoyar un movimiento político en aquella Rioja convulsionada todavía por la lucha entre caudillos, con abundantes y sollozadas invocaciones a la Patria, que hacían murmurar a más de un paisano pobre: "Estos son como los bolicheros: siempre hablan mucho de aquello que quieren vender..."

Concluida la ceremonia, los caballeros preparaban el regreso a los campos. Momentos antes, obsequiaban a niñas y chinitillas con dinero, alforjas y alguna pieza de plata.

Y partían. Esta vez, peones y "mandaderos" cerraban el paso a la caravana. Algunos ayudaban a sus patrones, a los señores, en cuya cabeza todavía bullían las burbujas del exquisito "agüita'i Dios".

"Desde el Huandacol de Santa Clara hasta el legendario Valle de Vinchina".



¡ AL ALCANCE DE TODOS !...

Los mejores intérpretes del
 Los éxitos más grandes del

FOLKLORE



¡ \$ 395

LOS DE CORDOBA

Luna Sureña - Guajibo

LOS CANTORES DE SALAVINA

Los Troperos - Chumao y cantar

LOS CANTORES DEL ALBA

El Antigal - El alazán

LOS LITOREÑOS

La volvedora

JULIO MOLINA CABRAL

Punto Pexoa - La amanecida - La desamorada

RODOLFO ZAPATA

El casamiento - Zamba blanca

SI LO EDITA



ES SUPERIOR

"EL CANTO DEL

VIENTO"

La Danza de la Viuda Capítulo XXX del libro

Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI

CAPITULO XXVI



"Ahora, la selva se ha calmado, las nubes, lerdas, van pasando."

VAN y vienen las comadres, haciendo cien veces el mismo camino entre el patio y el rancho, entre el árbol y el horno, entre el corralejo y la enramada. Hormiguitas parecen las mujeres. Una lleva una fuente; otra llega desde la yema del monte portando leña seca; otra está regando el patio con los baldes que le alcanza la encargada del acarreo entre la acequia y el rancho.

Los hombres están en los campos, trabajando; los hombres están en la selva, hachando; los hombres están en el pueblo —pueblo norteño, de una sola calle larga—, comprando cosas, alcohol, cigarrillos, e invitando a determinados personajes, unos músicos, otros caudillos políticos lugareños. Está cambiando el viento. La selva, en la media tarde, tenía una melena inquieta, que es el gesto de los montes cuando hablan con las nubes para pedir la ayudita de una lluvia. Pero ahora, la selva se ha calmado. Las nubes, lerdas, grises, van pasando hacia el Este, y de pronto cambian el rumbo y andan hacia cielos albañeos.

Los algarroblillos estaban cimbrándose en sus ramas menores, pero ahora se durmieron al arrullo de los primeros pájaros de sueño temprano.

En los pencales se está operando el milagro de la palabra y el vuelo, en el cotorreo de los loros que confunden su verde parlotear con el verde callado y arisco de las primeras tunas. En alguna penca, en la que bebió por sus dardos la mayor humedad de la noche pasada, está sangrando una flor, agradecida del aire y de la abeja.

Des mujeres están peinando y arreglando a María Juana, la dueña del rancho. Le han acettato con sachu-unto la negrísima cabellera, que se derrumba sobre la espalda y se amplía conformando el nacimiento de las caderas de la mujer.

Manos tejedoras, manos sabias en color y nudo, comienzan a trabajar un par de trenzas perfectas, gruesas hasta la mitad, estilizadas y suspirantes hacia el final del cabello, pero recias y elásticas, graciosas y firmes como un látigo.

En un rincón están planchando el vestido ritual de María Juana. Se lo pondrá para el preciso momento de la danza. Rojo, intensamente rojo, de breve escote, apretada cintura, ancho vuelo de tipo campesino y largo hasta un poco más arriba del tobillo. Un angosto cinturón del mismo género abrazará la cintura de mimbre. Con una yapa que sobre, se hará el pañuelo para el baile de la mujer.

Mientras tanto, la tardecita ha comenzado a

travesear con las sombras. Y la sombra es hurafia. Gruñe su oscuro gruñido, y al oírlo se callan las palomas y se encienden las estrellas allá lejos. Y cada paloma se lleva al nido un pedazo desmayado de la tarde. Y la sombra vence, y la noche viene, sin trinos ni vuelos, desnuda, abierta y ancha, desde el fondo de los montes.

Retornan los hombres al breve rancharío. Llegan aquellos que fueron al pueblo. A la rama baja del algarrobo le han colgado el tucu-tucu de un candil. El changuerío anda por ahí, curioseándolo todo, y es ahuyentado por las viejas rasquinchas: "Ite p'allá, muchacho".

La María Juana no asoma todavía. Luce su gastado vestido negro, el hábito ceñido de su viudez paisana.

Cuando murió "él", se extendió un gran silencio por ese patio que antes supo de albahacas y de cantos. Comadres y vecinos respetaron "el luto juerte" de la viuda. No asistió en las navidades a las danzas de otros hogares. Los hacheros la extrañaron durante el Carnaval; y en las Telesitas, procesiones del monte, se la vio por ahí, colocando sus candelas al pie de los árboles, para la niña santa que murió quemada. Era una sombra, apagada en silencios rituales.

Pero hoy, se cumple el año de la viudez bien guardada, y ya puede la viuda recibir en su rancho, oficialmente, la visita de vecinos, paisanos y comadres, porque "va a salir de la viudez".

Para eso trabajan todos esa tarde. Para eso vendrán los músicos. Vendrá el violinista ciego; vendrá el tocador de bombo indio; vendrá el guitarrero de los montes. Llegarán andando, a pie, a caballo, en sulki.

Llegó la noche. Ya no se ve en los pencales, y el cotorreo de los loros es sólo un recuerdo disperso. El candil asoma su vacilante luz, pintando sobre el patio, en oro sombrío, la escena de la fiesta.

Sillas de paja, humildes; sillas retobadas en cuero de cabra; troncos de árbol; restos de destrozadas carretas, constituyen los ocho o diez asientos. Los demás, andarán por ahí, bajo el árbol, detrás de los músicos, curioseando, callados, haciendo a veces un comentario en quechua acríollado en un susurro que no entorpece el silencio.

Comienza a rondar la jarra de vino comarcano. Dulzón y cálido, juega su brujería el vino norteño. Como los vasos no abundan, nadie debe demorarse en beber. Todos conocen esto, tradicionalmente. Entonces apuran el contenido hasta el final, y devuel-

• EL CANTO DEL VIENTO

"Delgada y alta, la viuda danza sin mirar a nadie. Mira el suelo, sin verle..."



ven el vaso a la comadre, que corre presurosa hacia el interior del rancho, y al rato reaparece con una nueva ofrenda líquida.

Poco después, alguien se acerca a los músicos. Estos "igualan", afinan, se combinan acerca del tiempo y el matiz de la música. Para probarse, rompen con una chacarera. El bombo, honda quejumbre de tierra antigua, no desata toda su fuerza todavía. Mide su intensidad. Es temprano.

El guitarrero rasguea su guitarra dulcemente. Por momentos acompaña con una escala en bordonas el final de una frase que le agrada. El violín, llora, agudo, agrio y triston. Violín de ciego, toca siempre igual una suerte de sonidos de gran ritmo, de justísimo compás, pero sin matices ni colores. El violín tiene los ojos cerrados, como su dueño.

Se suceden las danzas. A la chacarera, sigue un "remedio"; luego, un "escondido". Bailan las parejas. El patio comienza a animarse, y las palmas que acompañan los compases finales, despiertan un rumor en los árboles y acucian la sed de los hombres. El tocador de bombo se está afirmando mejor; el guitarrero se anima ya a cantar el estribillo de la danza. Lo festejan. Es el oportuno pretexto del rápido brindis. Otros curiosos, desde la sombra donde no alcanza a dominar el candil, fuman y comentan en voz baja. De pronto, salen las comadres del rancho, con gesto que reclama la atención de todos. Los músicos callan. El silencio es más grande que la noche. Hasta el candil se mantiene quieto en su lucisita, de pie, como un signo de admiración.

Y aparece enseguida la María Juana, vestida de rojo intenso. Sólo sus ojos, almendrados y brillantes, y sus trenzas magníficas, son el matiz de su figura, crisol de todos los soles y todas las auroras de un año de silencio y centinela.

La saludan los hombres, y le alaban su belleza y donosura. La viuda sonríe, mesurada y gentil, con un sonrisa un poco asustada. Una sonrisa que guardó un año redondo para ofrendarla a los hombres recién en su fiesta de "salida". Recién ahora, al año de muerto "él", la viuda puede reincorporarse a la vida social del ranchario. Recién ahora puede recibir una galantería, y considerar una propuesta amorosa. Recién ahora podrá soltar sus brazos en la danza, brazos que sólo se abrieron sobre la tierra en el trabajo, y se cerraron sobre su luto, en el recuerdo.

La voz de uno de los músicos, anuncia: "La zamba de la viuda!"

Es el momento de la danza ritual. Ella deberá bailar la embrujada zamba después de la cual quedará liberada de cadenas, prejuicios y vigillas. Ella deberá elegir el paisano para formar la pareja en la danza. Los hombres están quietos, expectantes. Los mozos se acercan al candil para que ella los vea. Los otros, permanecen en la sombra del patio.

Los músicos han comenzado los compases de la

introducción de la danza. Es una vieja zamba norteña, pero parece dada en primera audición. Es que ahora tiene un cumplido destino.

La viuda, mira uno a uno, a mozos y paisanos. Y se dirige decidida hacia un criollo que es su vecino. Le ofrece su brazo, y los dos van hacia el centro del patio, lentamente, un poco avergonzados, aunque sonrientes.

Los espectadores exclaman diversas cosas, entusiasmados, y piden alcohol para regar su alegría. Y el alcohol llega, quema la gruta de las gargantas, y escapan de los pechos de los hacheros, endiablados alaridos en los que el instinto disfraza sus goces primitivos.

La pareja comienza el baile. Nadie mira al hombre. Todos miran a la viuda, incendiada en la noche. La sombra del agarrobo se derrumba sobre las melenas de los músicos, y a los ojos de los hombres les brota una suerte de candiles misteriosos y tenaces que persiguen la ronda roja de la María Juana.

El violín llora el ay de la zamba lugareña. El bombo acrecentó su quejumbre, y ahora imita un tropel de potros galopantes.

El guitarrero hiere, no con rasguídos, sino con chirios, el sonoro cordaje de su instrumento.

Y la voz del cantor se pone ronca. Ronca de alcohol, de noche, de intención y de gracia dramática.

Delgada y alta, la viuda danza sin mirar a nadie. Mira al suelo, sin verlo. En realidad, está el misterio de su propia danza. Esclava de la magia, sacerdotisa de un rito de lujuria espiritualizada por la canción de los campos, la María Juana siente que se está quemando con su propio incendio. Y allí, sobre el tope del brazo moreno, flamea la llama roja de su lenguaje de esperanza, en el pañuelo que llama y responde, y suplica y reta, y gime también, en los mimos que aconseja la zamba de la selva.

¿Quién logrará el amor de la María Juana?

¿A quién preferirá la mujer encendida, tea del amor brotada del silencio?

Por momentos, cálidas oleadas llegan hasta el patio, desde el fondo de los campos. Es el Zonda. Es el viento del Norte, que sacude enervante. El viento que reseca las caronas, que endiaba los remolinos, que desorienta a los pájaros, se arrastra ahora como queriendo desplazar al hombre y comenzar una dramática lucha de pañuelo y remolino, entre la Viuda y el Viento.

Pero no. El viento se revuelve en el patio, y se va hacia la noche, donde la selva ha comenzado a protestar con seco rumor, de fronda sorprendida. Y la viuda baila su danza, libre de viento y de lutos, libre de puertas trancadas y de mirares bajos.

Baila la María Juana. Baila como un remolino incendiado, libre de custodias rituales y de frenados impulsos.

Libre, como la roja llamarada de su pañuelo que se agita en la noche, en "su" noche, llenando la selva de esperanzas, promesas y deseos.

"EL CANTO DEL VIENTO"



Por ATAHUALPA YUPANQUI

CAPITULO XXVII

*Pasé de largo por Tala.
Detenerme, para qué...
De poco vale un paisano
sin caballo... y en Montiel.*

Tal vez porque esta reflexión impresionó mi espíritu hace mucho tiempo, o quizá porque en mi antigua condición de trotamundos adjudicara a la sentencia una jerarquía de suprema verdad, el asunto es que al pisar suelo entrerriano luego de treinta y tres años de ausencia, no quise pensar que regresaba, sino que "iba a Entre Ríos" nuevamente.

"El entrerriano es afecto a la pesca. ¡Cómo no serlo, con los ríos que tiene!"



• EL CANTO DEL VIENTO

En pleno septiembre, un viento del Sur traía al litoral su saludo de nieves cordilleranas, asustando la flor de los durazneros que trepaban graciosamente las cuchillas entrerrianas engalanando el paisaje con promesas dulzonas.

Llovía, como en los viejos tiempos, como en aquellos inviernos que ablandaban los cascos de los potros y endurecían el gesto de los hombres.

Pasaban los paisanos, jinetes en peludos caballos, de anca redonda; y el poncho era prenda inmóvil, que aprendió con la lluvia a ceñirse en el cuerpo como un abrazo de hombre.

*Dejé atrás Altamirano.
Por Sauce Norte crucé.
Barro negro y huellas hondas
como endenantes miré.*

*La sombra de mi caballo
junto al río divisé.
Se me arrollaban en calma
las leguas que anduve en él.*

Las ciudades entrerrianas han progresado, sin cambiar su fisonomía de pueblos camperos, de villas rodeadas de estancias viejas, de montes extensos todavía, a pesar de las grandes hacendas.

Los caminos tienden a mejorarse en trechos, por la cinta asfáltica. Es decir, los caminos que unen las principales ciudades. Porque los otros están no más como los vi "endenantes": Tierra, huellones, barro, zanjas, cañadones, un monte espinudo, un ceibal serio y florido, un concierto de pájaros, arroyos grandes y chicos, buenos pastos, un cielo overo negro, que se torna rosado en la esquina lejana de la tarde; campesinos en chatas —gringos acriollados ya—, sulkys; y gente de a caballo, bota lisa y espuela breve, sombrero ala ancha, barbijo de tientos; gente nerviosa y cordial, un poco fantasista y refranera, con una gran condición argentina y un profundo amor a su provincia.

*Sin canto pasaba el río:
¿Para qué lo iba a tener?
Anecho camino de fuga,
callado tenía que ser.*

*Así, con mirada moza
de otros tiempos, contemplé
sobre un mangrullo de talas
el palmeral de Montiel.*

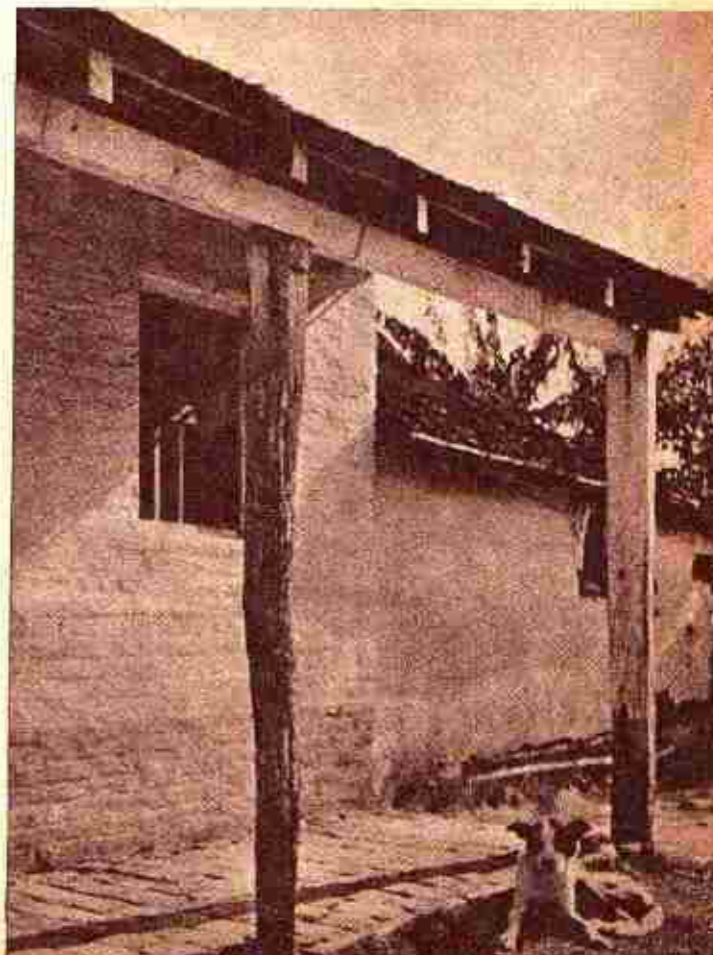
La leyenda del viento cruzó por esos montes vadeó esos ríos, enredó en las espinas de los talas viejas historias, sabrosos cuentos, trovas, vidalitas y milongas paisanas.

Las guitarras travesean en floreos que recuerdan el modo de tocar de los orientales.

Es que son hombres montaraces los guitarreros. Y el monte determina leyes, pensares y sentires. El monte se traduce en el hombre: precavido y capaz. Florido y enredado. Abierto a la esperanza junto a la ventana de una moza estimada, y rastreador de puma en la maleza.

Los hombres guitarreros del presente, en Entre Ríos, quizá no adviertan esto. Alguna vez será. Y entonces, la tropilla de coplas que transita por esas cuchillas donde la historia todavía tiene su cuerpo caliente, será ejemplo de gauchería y paisanaje, aunque no cite guerrillas ni lanzazos, aunque no ostente el latiguillo ya gastado del machismo, aunque no mente galopes y atropelladas, ni dagas, ni degüellos.

"...abierto a la esperanza junto a la ventana de una moza estimada..."



*De recuerdos y caminos
un horizonte abarqué.
Lejos se fueron mis ojos
como rastreando el ayer.*

*Climaco Acosta ya ha muerto.
Cipriano Vila, también.
Dos horcones entrerrianos
de una amistad sin revés.*

Sobre cada ceibo hay una guitarra encendida en la espera. Busca en el aire las manos que desaten las lianas que la ciñen, para darse a su dueño, liberada y vibrante.

La guitarra entrerriana tiene una gran misión: Dar el paisaje.

Darlo con un amor sin demagogia. Las cuatro estaciones del año se acusan en la naturaleza, definitivamente. También las vive el hombre, el corazón del hombre. La guitarra es baquiiana en esos rumbos. Sólo espera que el hombre la comprenda, y se comprenda.

El entrerriano es afecto a la pesca. ¡Cómo no serlo, con los ríos que tiene!

Sabe de playa, barranco, remolino, espinel,

canoas y virazones. Durante años vio trizarse la luna sobre el agua, huyendo del anzuelo. Durante años escudriñó a la yará escondida en el adiós del camalote.

Tiene, entonces, atesorada y grata, la virtuosa paciencia.

El paisaje lo espera. El paisaje de su tierra hechizada, y el otro: Su mundo, su "porqué". Prepare su espinel de desvelo y ternura, y arrójelo bien lejos, pecho adentro, donde moran el artista, y su conciencia. Y todos aplaudiremos al "pescador" de ese litoral maravilloso.

*En la orilla montielera
tuve un rancho alguna vez.
¿Lo habrá voltiado el olvido?
¿Será tapera...? No sé...*

*Por eso pasé de largo.
Detenerme, para qué...
¡De poco vale un paisano
sin caballo y en Montiel...!*

(CONTINUARA)

"Sobre un mangrullo de talas
el paímeral de Montiel..."



"EL CANTO DEL VIENTO"

Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI

CAPITULO XXVIII



Historia de tesoros Capítulo XXXII del libro



PERDURA aún en el norte de nuestro país — aunque con menos fervor — un viejo afán provinciano: la búsqueda de "tapaos", de tinajones plenos de alhajas, monedas antiguas, patrones o luises, petacas de cuero, pieles de león o jaguar llenas de riquezas, de pepitas de oro, de dineros ocultos en tiempos de la Colonia, y desde mucho antes, cuando el famoso rescate del Inca Atahualpa.

Cada tanto se organizaban las búsquedas en las grutas andinas, en las lagunas, en las hoyadas, en las anchas paredes de las fincas, en los pedregales cuya formación hacía sospechar coincidencias con no sé qué mapas que quizá jamás existieron.

Se hacían planes, investigaciones en el campo arqueológico, el estudio de tamberías, antiguales, cementerios indios, etc. El profundizar el sentido de algunas leyendas llevaba tiempo, pero siempre había lámparas que se apagaban muy tarde y, a su alrededor, jóvenes y hombres maduros planificando la aventura de buscar el tesoro escondido, el "tapao".

Horas, semanas, meses, pasaban mientras se estudiaba, paso a paso, la historia, los desplazamientos de los godos, los éxodos de las poblaciones criollas, los hechos salientes, los acontecimientos misteriosos, las deserciones, el movimiento de los viejos chasques, la recua de mulas, el hato de llamas carguieras, los caminos del atajo, en fin, todo lo que pudiera ser una pista, un dato, un detalle para comenzar la tarea de hurgar cerros, pedregales, peccarás, tapias, paredes de adobe, quinchas y tejados.

Muchas veces los buscadores del "tapao" renovaban sus bríos al hallar por ahí una moneda antigua, algún viejo puñal oxidado. Nuestros escritores, cuentistas y narradores del campo argentino se han ocupado de historiar aspectos de la aventura de tesoros. Y hemos de recordar algunas que se mantienen en la memoria de los viejos provincianos de Salta, Tucumán, Catamarca y Jujuy.

"Un par de mulas,
y un indomable
vigor para
cabalgar
por esos valles"

"Un detalle,
para comenzar
la tarea de hurgar
cerros,
pedregales..."





Yo mismo, en años mozos, formé parte de algunos grupos buscadores de tapados en las montañas jujeñas y tucumanas, y aun en la puerta de los valles calchaquies, detrás de Los Laureles, de El Candado, en esas luminosas lomadas salteñas, en tiempos en que la vida cabía en una copla bagualera, y el almanaque no tenía valor; tiempos en que un buen recital de guitarra se cotizaba a cincuenta pesos, y era bastante efectuar uno por mes, ya que los demás conciertos se daban gratuitamente, para beneficio de bibliotecas lugareñas, de pequeños clubes o de paisanos empobrecidos. A mí, personalmente, me sobraba con un concierto al mes, pues tenía caminos, paisajes, gauchos, un par de mulas, un colorado pedidor de rienda y un indomable vigor para cabalgar por esos valles, días o semanas, aprendiendo cantares, respirando un aire antiguo y gratísimo, durmiendo junto a los corrales o al reparo de los aleros kollas, vistiendo solamente la sencilla y noble ropa del paisano del norte, portando —como un caracol sin brújula— la cama en mi apero, las armas en la guitarra y la quena, y un anhelo profundo en el corazón: ahondar América, para encontrarme a mí mismo.

*"Lunas me vieron por esos cerros
y en las llanuras anochecidas,
buscando el alma de tu paisaje
para cantarte, tierra querida..."*

Así, años atrás, remontábamos las cuestas de Yala en un abril jujeño, para instalarnos en la laguna del Poniente, frente a un misterioso paisaje solitario, donde las mañanas se emponchan de brumas y el frío clava sus dardos en la piel de los viajeros.

Allá abajo, el río de Yala viboreaba entre las peñas, custodiando en su helada espuma la fuga de las truchas.

¡Truchas! Ese fue el único tesoro que hallamos en los días —y también noches— que pasamos buscando el tesoro fabuloso del rescate del Inca.

En las horas de reposo, rodeando un fogón que ostentaba más humo que lumbre, nuestras charlas estaban orientadas hacia otras experiencias, algunas serias, otras jocosas, y todas referidas a la búsqueda de tapados.

Hacia pocos meses yo había hurgado algunas grutas cerca de la Quebrada del Toro. Les contaba a mis amigos detalles de mi aventura. Recuerdo que fue en el año 1934, y que al regreso de ese raid me topé en Campo Quijano con un viejo gaucho salteño, a quien había conocido tiempo atrás cerca de Metán. Era el paisano Montoya, andariego, resero y buen chalán, amigo del caballo y del camino largo. Por coincidencia, Montoya me mostró en esa ocasión la imagen de un santito que había hallado en esa zona, mientras destroncaba en la picada de un monte. Era un San Isidro "fiato", con la nariz quebrada, al que también le faltaba una mano. Pero mantenía, a pesar de la tierra adherida y el largo tiempo sepultado, hermosos colores de singular firmeza.

Montoya me describió con detalles la zona del hallazgo, y quedamos en volver al lugar un tiempo después. Pero nunca regresamos para seguir cavando. Por ahí, en años posteriores, nos encontrábamos con el gaucho Montoya en Salta, o en Río Piedras, y hasta en algún

desfile en Buenos Aires con motivo de fiestas patrióticas, y evocábamos aquellos días del santito misterioso.

Más de una vez hemos sentido la agresividad, la hosquedad de los mestizos y kollas de la montaña, enemistados con los buscadores de tesoros.

Cuando llovía fuerte en el alto, crecían los ríos peligrosamente, rompían los "atravezaños" y se llevaban alguna res panza arriba y río abajo.

Y los kollas murmuraban: "Todo es a causa de esos abajeños hurgadores de cerros".

Pero la gente inquieta por esos asuntos se estimulaba siempre por alguna buena noticia.

Cierto vez, un buen vecino de una villa norteña sacó su sillón a la pequeña galería de la casa.

Lo hacía todas las tardes en tiempo de verano. Era un hombre anciano y pobre.

El techo de la escasa galería era de cañizo "juntao", nidal de vinchucas y mureciálagos.

El hombre siempre miraba las cañas encañadas y veía una especie de "bicho-canasto" adherido, y a veces oscilaba un tanto, como meciéndose al aire de la tarde.

Un día, por rara molestia, o sin razón valedera, se incorporó y trató de arrancarlo. Estaba firme. Entonces dio un fuerte tirón. ¡Y casi se le desplomó el techo de cañas! ¡Era un viejo cuero de gato-ozca, lleno de monedas de plata, y lo que asomaba era la puntita de la cola. Dicen que el hombre salió de pobre y, además, entró en la leyenda. Porque la imaginación popular aumenta siempre la fortuna de los afortunados, como también aumenta los pecados de un pecador.

Entre los cuentos de tesoros y buscadores, es famoso en el norte este "sucedido": Un provinciano alquiló una vieja finca en una villa y, cuando su familia salía, aprovechaba para "tingular" los muros, golpeándolos con un pequeño martillo. Cierta día notó un sonido distinto en una de las paredes, e hizo una pequeña señal con un lápiz. Y así, sin dormir, obsesionado, esperó el día domingo.

¡Por qué el domingo?... Porque ese día envió a toda su familia a misa. Cuando estuvo solo comenzó a cavar en la señal de la pared, gruesa, de antiguo adobe colonial. Toda la tierra y basura la juntaba en una gran bolsa, con el fin de no dejar rastros de su aventura.

Cavó y cavó, febrilmente, hasta hacer un respetable boquete, por el que pudo, al fin, introducir un brazo.

¡El tesoro! Y comenzó el hombre a extraer cucharones de plata antigua, cuchillos con iniciales de oro, tenedores de doscientos gramos de peso, de plata pura, y alguna estatuilla rara.

Cuando no hubo más que descubrir, cubrió el boquete como pudo y colocó un almanaque para disimular el asunto.

Cuando su gente regresó de misa, el hombrecito tenía todo oculto, y a pesar de su enorme alegría nada dijo.

Pero ocurre que "Dios no quiere cosas chanchas", como dice el refrán.

Al día siguiente se le presentó la policía y cargó con el buscador de tesoros y con las piezas de plata halladas después de tan paciente labor.

¡Se había "vandiao"!

Sí. Le había robado casi toda la vajilla a un vecino...

"EL CANTO DEL VIENTO"

El Minero Capítulo XXXIII del libro

Por ATAHUALPA YUPANQUI

Especial para FOLKLORE

HACE mucho, quizá treinta años, conocí al minero. Buscaba oro, cordillera arriba. Su tenacidad era tan grande como su desamparo. Buscaba oro, pero temía encontrarlo.

Un día me dijo: "Sé que he nacido «buscador». Pero nada más que «buscador». Si mi sueño, mi destino es BUSCAR, seguiré mi estrella, allá, donde se acaban los caminos. Pero sé que nunca disfrutaré del oro. Porque será como vender mi sueño, por un puñado de oro. Y por razones que no sé explicar, yo no podría vivir sin ese sueño..."

Hace un tiempo nos volvimos a encontrar, en el Noroeste. Estaba pobre, con una limpia pobreza. Y la dignidad seguía siendo la mejor luz de sus ojos.

Tenía su amor, su mujer, a la que nombraba con un sobrenombre extraño y encantador: Nacar.

Durante dos noches, conversamos largamente. Mejor dicho, los escuché, mientras evocaban tiempos de lucha, de soledad, de dramas y esperanzas, de cosas vividas y lloradas, y vencidas, en un paisaje de cumbres y senderos, de abismos y de cielos, donde sucumbe todo lo que es débil, donde triunfa o permanece sólo aquello que es fuerza, y es verdad.

La tierra que se da en estaño, cobre, plata y oro, no tiene bosques ni hierbas. Es páramo desolado, piedra maldita, donde la nieve es siempre el rostro idealizado de la muerte.

El hombre busca con afán el oro. Rompe la piedra; doma leguas; libra combates con la nieve y la altura.

Sueña. Sueña extraordinariamente. Y cava en los peñascales, creando su socavón de esperanza.

Y casi siempre, está cavando su propia tumba.

La montaña se defiende. Tiene vientos y escarchas. Tiene nieblas que borran todas las sendas, menos las del anhelo recóndito del hombre. El hombre sólo tiene su piqueta. Antes de tenderse a morir un poco su sueño de ser cansado, en tosca fragua afila su herramienta, la temple, la envuelve en su casaca como a una hushua heroica. Y se duerme, para soñar sueños menos bellas que los que sueña con los ojos abiertos, en perenne desvelo, como el cóndor.

A veces, la luna, abierta navaja sobre un paño azul, corta de un tajo el aire. Y un pedazo de copla cae sobre el sueño del minero.

Fuerte alcohol. Comida picante. Negro tabaco. Débiles cosas frente a la vida del minero. Ama a la

hembra, mordéndola. La hembra, la china, es la culpa simbólica de la cumbre.

En la riña, es un puma. Es el viento y la niebla, el río crecido y la nieve en remolino.

El minero no anhela disfrutar del oro. Su dicha es descubrirlo. La muestra que en su mano brilla, vale todo el palacio de los que tienen oro sin haberlo soñado, ni buscado, ni sufrido.

Hay domadores bravos que nunca tuvieron un caballo suyo. El minero es así, doma el misterio, y se queda dormido sobre su potro de piedra solitaria. Dormido o muerto; al fin, las dos esquinas más exactas de su sueño.

A veces, una muchacha espera, valle abajo, en el pueblo. Luce como un adorno su condición de hembra del minero. Es la mujer del hombre. Lo siente, y se enorgullece.

Pero baila en burdeles, y se requiebra, y se da como la arena floja en las mañanas de viento. De una chuspa de cogote de guanaco saca un par de "pepitas". Y de ahí son sus zapatos chilones, su moño multicolor, su pollera floreada, y la botella de licor para el amante, y el disco innoble que musicaliza la espera sin espera.

Y allá arriba, quemado de viento y soles implacables, el minero. Solo, porque hasta su sueño lo dejó, para irse de sus ojos, a lo largo de la cordillera. Buscando. ¡Siempre buscando! Y, a veces, engañándose un poco a sí mismo, piensa que está cerca de la veta. Precisa jugar con esta ilusión, para que descansan sus ojos. Porque siempre que piensa que "llegó", hora un poco. Y esto le hace mucho bien.

El minero sabe que tiene un enemigo importante. Ese enemigo es otro minero. En esa lucha, enconada, tenaz, sin tregua, vence aquel que tiene mayor capacidad de silencio y de soledad.

"Nadie nombra su río ni su peña", es la consigna.

El minero es locuz sólo borracho. Pero a la más leve pregunta, clara sus ojos en la frente del otro, y lee hondamente, letra a letra, la intención del

La tierra que se da en estaño, cobre, plata y oro, no tiene bosques ni hierbas. El páramo desolado, piedra maldita, donde la nieve es siempre el rostro idealizado de la muerte.



Capítulo XXIX



● EL CANTO DEL VIENTO

despojo. Entonces muestra su mano derecha, toda surcos y callos, y alguna herida antigua. Y habla con una voz sacada en años de gruta y socavón:

"Aquí, en mi mano, está el mapa de lo que busco y lo que hallo. ¡Apréndelo!" Y se aferra a la garganta del otro, apretando, apretando. Sólo el puñal defiende de esa garra. O los demás, que, solidarios con el agresor, castigan en silencio al que se atrevió a preguntar a un minero "dónde trabaja, en cuál río, en qué peña".

La nieve tiene forma de mujer.

Hay noches bravas. Noches de luna llena, en que la cordillera desata sus fantasmas, viste sus duendes, y seca la garganta de los mineros.

Y el hombre tiene sed, y bebe nieve. Mira lejos, y siente que la nieve es seno, cintura y boca.

El minero fuerte, masca tabaco, piensa. Luego escupe, y se cubre la cabeza con su puyo de llama o de guanaco.

Hedor de animal macho lo conforta, y lo lleva a otros sueños que lo salvan, que lo recuperan. Vuelve a ser él.

El minero joven sucumbe al espejismo. Busca sediento a la mujer de nieve.

Algo vio, algo sintió; una palabra en el aire, una canción en la luna; una senda de flores entre pie-

dras heladas. Y a la mañana, los cóndores revolando sobre los hualcos trazan las palabras del último salmo bárbaro, sobre el cadáver de un muchacho minero que no supo esperar, que no pudo resistir el fatal encantamiento de la luna en las cumbres.

Montañita que me rindes.

¡Ríndete tú!

Mano fuerte y vida triste.

¡Minero soy!

¡Me duele el pan que gano!

*Brilla la piedra y m' llama,
mientras yo me apago...*

En algún boliche, rincón entre las peñas con tablas de cardón, suele el minero romper su silencio con la copla de la "lactara", la baguala ritual de los buscadores.

Si tiene "caja", golpea el parche, pausadamente. O con los nudillos sobre la única mesa, donde converge el silencio de todos los angustiados por la piedra que brilla y se esconde. Pasa el viento, y se roba la canción. Y el minero la sigue cantando, para adentro. Y la copla se le desangra, como un sueño. El sueño es el amargo metal de los hombres que cavan en su propio corazón.

(CONTINUARA)



La montaña se detiene. Tiene vientos y escarchas, tiene nieblas que borra todas las sendas, menos las del anhelo recóndito del hombre.

"EL CANTO DEL VIENTO"



Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI

Capítulo XXX

EN las cordilleras andan los hombres. Unos mineros. Otros, cazadores de vicuñas. Otros, chinchilleros. Los Andes son el nivel de las chinchillas preciadas. Un ejemplar vivo de chinchilla real, blanquísimo, vale de 4000 a 6000 pesos. Si es hembra, vale 8000 pesos. Descubrir un nidal de chinchillas (que tienen cuevas con tres y hasta cinco bocas de salida, a cien metros una de otra) es tener un capital. Hay mineros que luego se convierten en chinchilleros. Pero esos no son "el minero". Es la aventura de "pechar" la montaña para salir de pobre. No es "el sueño". El minero deja de serlo cuando cambia su sueño por el oro.

Atacama. Campo-Parlencia. Pasto Seco. Coranzuli. Laguna Brava. El Veladero... Nombres que el minero pronunció para su sola fuerza. Nombres "de adentro". Nombres de comarcas y regiones de mineros, a veces organizada, con galpones y alambradas y "centinelas del cerro"; y a veces, alturas de los hombres solos, de los hurafios, de los desvelados buscadores.

Hay mineros que no recuerdan los nombres de sus hermanos; pero sí los sagrados nombres de estas diferentes soledades andinas.

Cuando hay tormentas de nieve, bravas, las empresas de minería no sufren. Los galpones, las barracas, tienen reserva de alimentos, bebidas, tabaco, munición. El solitario sufre. Sólo su alforja, o su costal, tienen viveres para diez días. Después, y siempre, la coca, el ayuno, el frío en los huesos, el mirar la nada.

Hay bandoleros en la cordillera. Salteadores (chilenos, atamaqueños, bolivianos, argentinos. Algún gringo también).

El minero suele temerlos, pero los enfrenta. La carabina acorta los caminos. Hay mañanas en que el sol lame un chorro de sangre como una roja flor entre la nieve.

Alguna vez llegaron tres finetes al boliche de "Mulas muertas". Boliche, un rancho entre las piedras de un barranco, a cinco días de Vinchina, sobre el límite de La Rioja con Chile.

En la casa, el bolichero, su mujer. Y un minero, comiendo sopa con charqui de guanaco.

El revólver hizo más grande el silencio, señalando el pecho. Eran los bandoleros. Encuerados. Alta bota. Bufandas sobre el cuello y anchos sombreros. Tres sombras. Sólo los ojos brillaban más que las armas. Al bolichero le quitaron su dinero. El de la caja y el de las latas escondidas cerca del fogón, en la cocina.

Dos bandoleros revisaron al minero. Un poco de tabaco, un puñal, una chuspita con seis pepitas de oro. Lo demás, remiendo y piel heroica.

El "jefe", pequeño y seguro, observa a distancia. Cuando le alcanzaron las "pepitas", las hizo jugar sobre su mano de grueso guante. Entibió el oro, y dijo:

—Buscador, ¿no?... Guárdalas y sigue buscando. Se acercó al minero y sobre la miserable tabla de la mesa puso el puñado de pepitas. Y dijo más:

—¡Tonto; como lo fue mi padre! Y un día lo devoraron los cóndores. Pero antes lo habían devorado los bolicheros!

Era el atardecer. Encerraron en la cocina al matrimonio. Los bandoleros y el minero se instalaron en el "almacén". (Botellas de vino y alcohol. Tarros de pólvora. Alguna medicina. Cueros, cueros, cueros, vicuña, guanaco, chinchillón, vizcachas, llama, oveja.) Comieron charqui y bebieron algo.

El jefe se aflojó el cinto con baías. Se quitó el sombrero. Y se le desparramó por los hombros la melena oscura. ¡Y lo cambió!

Era una mujer. Era una chilena que se cansó del hambre, después de ser carne de la aventura en la aldea. Y se fue con uno. Y después con otro. Y topó las alturas. Y se encontró un día con un hombre baleado a sus pies, y el revólver humeante que le quemaba la mano. Y después, el camino.

Y "el bravo": El límite. Y en la cintura su mejor adorno: un revólver con empuñadura de nácar.

Y como nunca le dijo su nombre a nadie, los otros bandoleros le inventaron uno que les pareció bueno: Nácar...

¡Nácar! Este es el nombre. El único nombre. El minero también tiene que nombrarla así: Nácar.

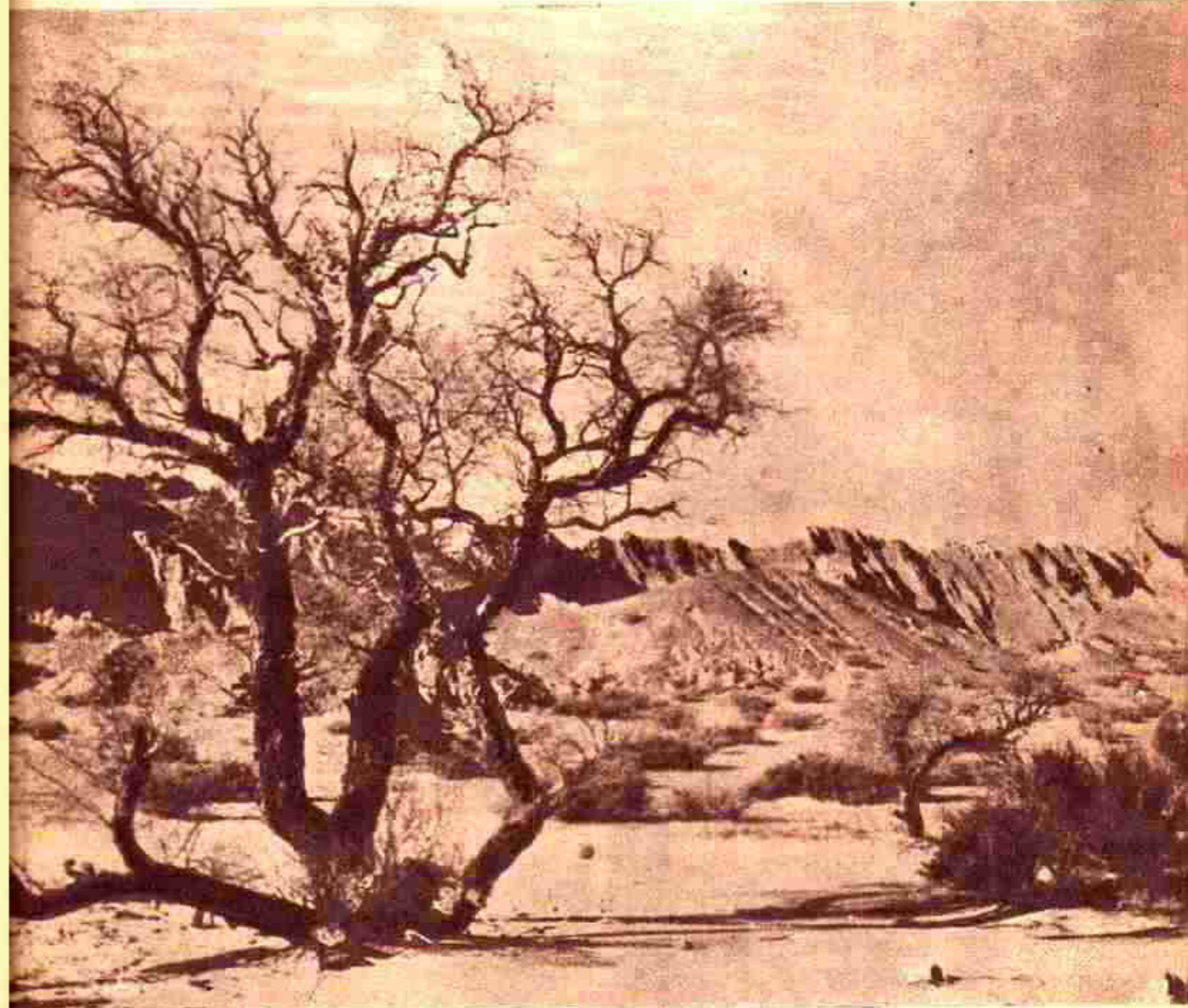
Nombre que tiene raíz de ese sueño bárbaro que sueñan los mineros. Nombre mineral. Cuarzo sublimado por la luna, y el alga, y la sal. Yodo muerto, sobre un mar transformado en cordillera. Nácar, nombre que tiene lejanías "de adentro". Nácar...

Ya tiene nombre la mujer de nieve. Ya no es el Muna-munanqui, "amor enamorado", hembra que el remolino viste, para gastar al hombre en soledad.

El minero no está solo. Tiene un amor en las cumbres. La nieve ya no devora su noche de ojos abiertos. La nieve tiene ojos, y boca tierna, y cabellos derramados como una selva llamadora de besos.

Y el minero piensa: Esto es; y esto debe ser. Busco el oro, pero no quiero encontrarlo. Busco el Muna-munanqui con olor a piel de hembra enamorada, con esa callada fuerza, y ahí está. Es Nácar. Esto tiene que ser. Esto tiene destino y verdad.

Pero Nácar se va, llevando sus bandoleros en la noche, como un viento romántico y maldito. Sólo el rastro



"Hay un sol aquerenciado que prolonga su brillo en los barrancos..."

EL CANTO DEL VIENTO

de cinco caballos queda en la senda nevada. Un rastro oscuro sobre el camino blanco. Un adiós bárbaro de galope y repechada, y abismo, y distancia infinita. Un rastro que alivia el pecho de los bolicheros y de los cobardes.

Para el minero, es un latigazo en el rostro. Una puñalada en la esquina más vital de su sueño.

* * *

Nácar galopa, cordillera adentro, con cuatro ponchos detrás, que la siguen como cuatro lobos. Ella no sabe de la luz ni la sombra que sembró en el minero. Sólo piensa, un minuto, en el hombre con un pequeño puñado de pepitas, y en sus ojos, serenos, sin miedo; serenos, como una esperada fatalidad. Ella no sabe que detrás de su galope, rastreando la oscura huella, la van siguiendo los ojos del hombre; ojos que no pueden gritar: ¡Ven! Por eso la siguen con una honda mudez desesperada.

Y el minero golpea la piedra deshecha, socavón adentro. Pero está ciego, porque los ojos se le fueron por el camino, detrás de un galope.

* * *

Allá abajo, en el pueblo, está la hembra, su hembra, tan ajena como la ambición. Está calculando robarlo, para darle oro a otro; al subhombre que siempre ronda la vida de la mujer sin distancia interior.

Y el minero baja un día, para mirar esos ojos grandes y sin nobleza; para mirar esa boca que ofrece siempre una ternura alquilada.

Y como tiene asco, y como tiene un sueño limpio que lo salva, deja un poco de oro, como si escupiera bilis. Y sale a la calle. A la única calle de la aldea.

Y se mira las manos, y las ropas. Mira la piedra del veredón antiguo, las casas azules y rojizas, y siente que allí está muerto.

Y se va. Sin remordimiento, sin que le duela la copla que oye. Se va.

Ni siquiera piensa en Nácar. Sólo en él.

Y entonces decide: Debo nacer de nuevo; debo parirme a mí mismo, de una vez y para siempre.

Allá en el cuesta arriba, hay una cumbre nevada que lo espera, como una abuela, con los brazos abiertos, para guardarle el secreto del llanto.

* * *

Ha pasado un tiempo; es decir, ha pasado ese tiempo que se mide por afuera.

Hay un sol aquerenciado que prolonga su brillo en los barrancos. El aire entibia el lerdo caminar de los rebaños de nubes por el cielo. Es primavera. Alguna tarde los pastores se embriagan en el boliche del Alto.

Y los pastores preguntan por el hombre. Hace tiempo que no lo ven, y piensan que quizá vendió su sueño.

Pero no. El minero se ha limplado los ojos en manantiales de agua de nieve. Y ahora sí, piensa en Nácar.

La buscará; caminará por todos los caminos, hasta encontrarla. Cuando se cansé su cuerpo, se le saldrá del pecho el corazón, que no se cansa nunca, y la seguirá buscando.

* * *

Llega una tarde al boliche del Alto.

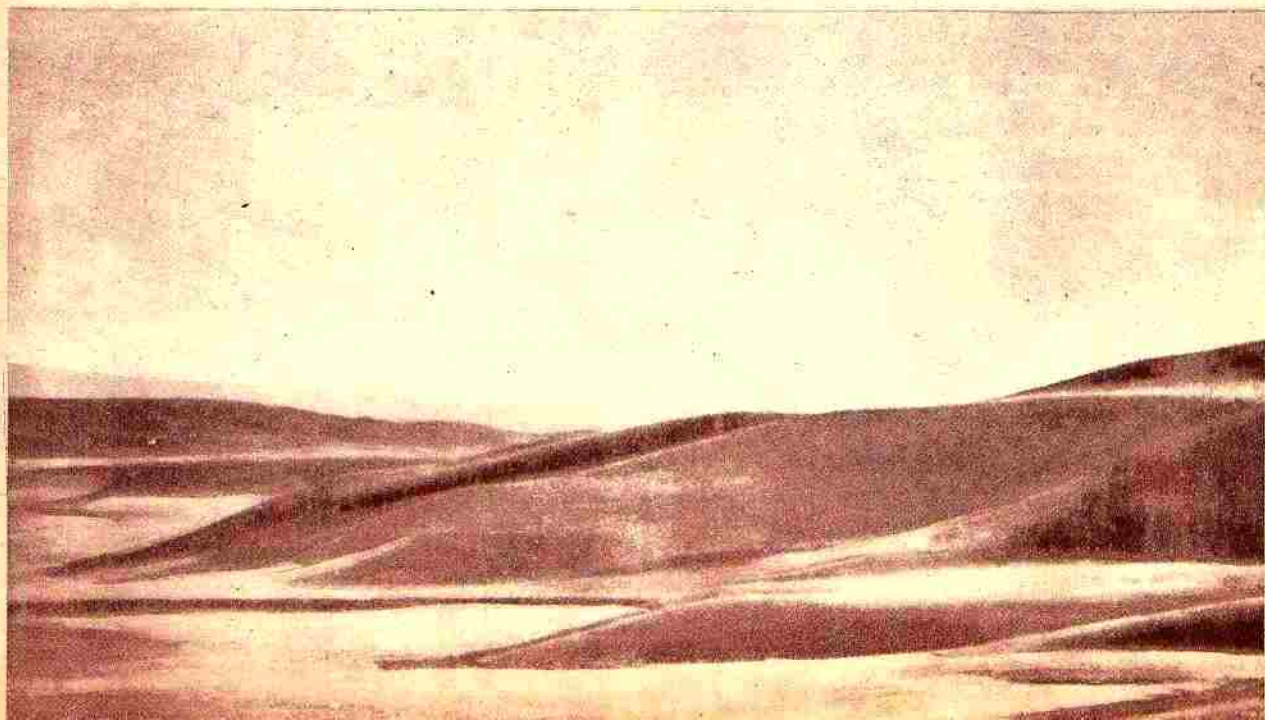
Allí están los pastores, bebiendo alcohol azucarado. Brebaje bárbaro que les entibia la soledad. Miran hacia el camino. Hacia el cruce de los caminos.

Y cada cual tiene un cuento que dice de años, de viajes, de tormentas, de alegrías. De oro que llega y oro que se va, como los días, como los vientos, como la vida.

Y los pastores beben, y tal vez hay un canto. De esa cara barbada, de esa boca fuerte y apretada de tiempo, sale la copla, fresca, como el lloro del agua entre la roca. La copla salva al hombre, porque tiene, muy juntos, el dolor y la gracia.

Todo lo que sufre, canta. Y la gracia es un canto también, porque tiene raíz en la victoria del hombre sobre la pena.

"Un rastro oscuro sobre el camino blanco; un adiós bárbaro de galope y repechada..."

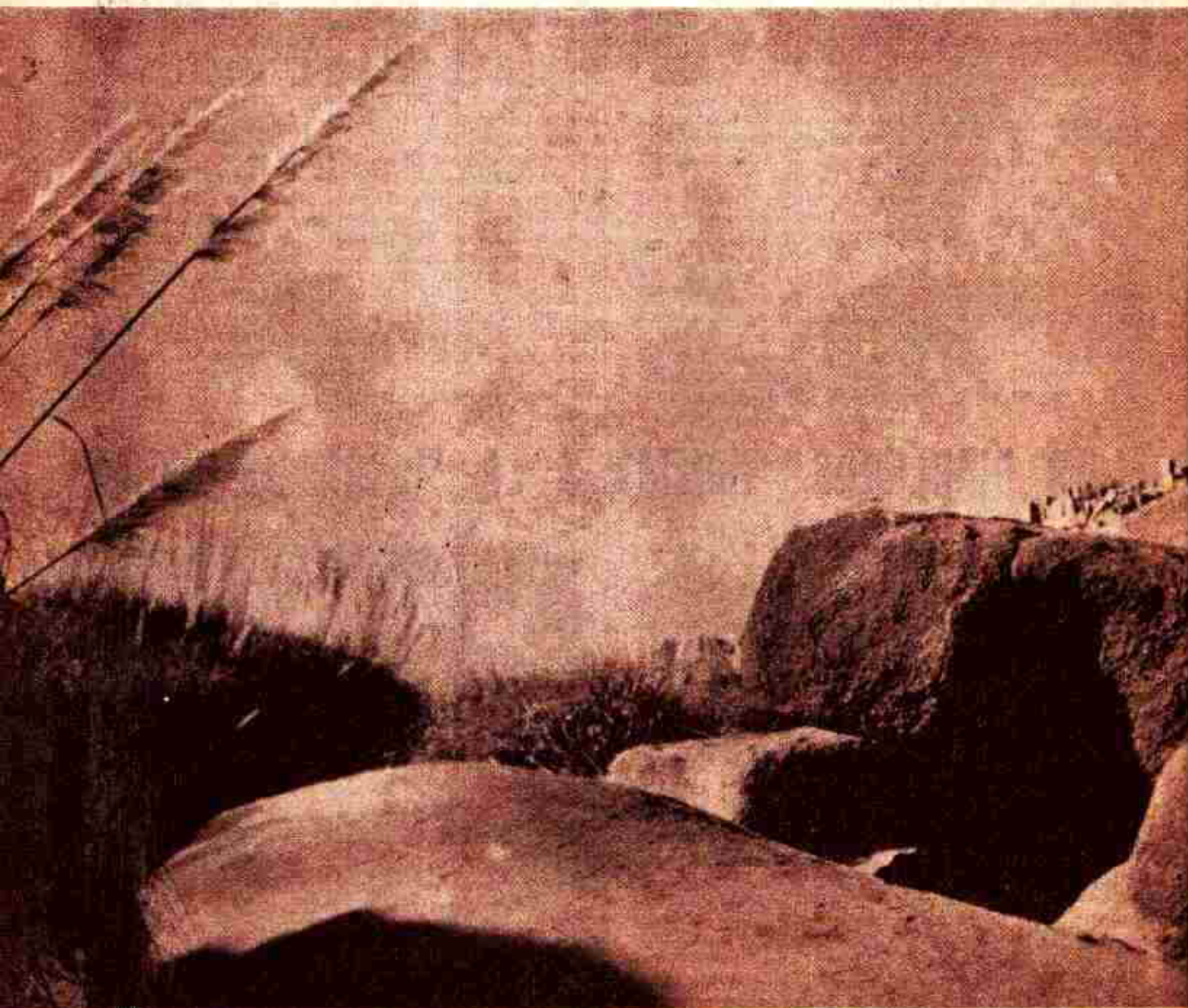


"EL CANTO DEL VIENTO"

Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI

Capítulo XXXI



"Arañando la roca, rezó con salmo bárbaro cada mañana

El Minero ha llegado al balche del Alto. Allí está, maduro y cabal limpio, porque se limpió de los dolores que conmueven. Solo dejó dentro suyo la pena que le camina por la sangre, ennobleciéndolo.

Antes de entrar, queda un instante entre el salón y el camino, entre la noche y el alba.

El trabajo y la soledad, y el sueño — su gran sueño — lo han esculpido como un peñasco.

El saludo de los pastores, con sus cordos y rudo, parece débil cuando llega al oído del Minero. Porque el Minero está ahí con todo lo suyo, sintiendo que se ha partido a sí mismo, de una vez y para siempre.

Se adelanta, y casi no sabe decir el nombre del alcohol que va a pedir. Y entonces hace una seña, indicando algo del estante. Siente como si la palabra le pesara, como así cada sílaba le quemara la lengua como una estrella caliente.

Saca de la gaveta de cuero, pequeños chispas cargadas. Oro. Oro de buena ley. El bolichero, aburrido de ver cosas y misterios, abre los ojos para que pueda asomarse a ellos todo el asombro que lo quiere ahogar.

Oro de buena ley, y en cantidad!

Un pastor se atreve a preguntar:

— ¿Hallaste al fin la veta?

Pero la mirada del Minero se le clavó en la garganta, como una lanza.

Bébe. Así, de un trago, como se beben el amor y la muerte, cuando se es un Hombre.

El bolichero pesa el oro. Quiere reflejar interés en la tarea; quiere trasuntar un profundo aire de honestidad, de leal entendimiento. Pero sus dedos son gruesos, y uno se acuerda de la garra del cóndor; pero sus ojos tienen un idioma que quisiera gritar un plato de emborrachar, hacer la fiesta, salir al camino, pegar en la nuez un solo balazo; y luego acostarse a dormir sin rastro de pecado. La mirada está quieta; no sigue ni acompaña la tarea frente a la pequeña balanza, la mirada está dentro de su corazón inmundo.

Concluye el asunto. Los jarros con alcohol se animan a tintinear en manos de los pastores, como un desmayado cenecero desprendido del fantasma de la sed.

— ¿Lleva algo? — pregunta el bolichero.

— Eso.

Y el Minero señala un Winchester y un cinturón de cazador.

Hasta la mujer del bolichero asoma su cara en la puerta. El Minero ya tiene el arma con él. La mira, le calcula el peso, y se sirve luego otro trago de alcohol.

El Minero sabe leer intenciones. Por eso ha sabido descubrir la veta rica en la cordillera.

Pero ahora, eso no es lo importante. Estuvo, sufrió, brió arañando la roca, rezó con salmo bárbaro cada

mañana. Solo el sabo para qué. Solo él y algún cóndor.

Sacó oro, borró la veta, cubrió de piedra y arena su lugar, su camino, su rastro. Porque él sabe bien que su destino es buscar oro. Pero si una vez hallado, colma deseos de afuera, adorna la ambición, su sueño morita. Y nada es más grande que su sueño. Sobre todo ahora, que a su sueño le ha salido una luz: Nácar.

Por eso llega. Y cambia. Y espera la noche, para que el viento le borre la huella.

Y por eso parte en la noche, bajo la luna grande y primera de un tiempo de tibezas. Y marcha por un camino que nunca anduvo, pero que conoce. Porque una vez los ojos se le fueron por él, siguiendo a Nácar.

Allá está el "Bravo", el límite. Bravo lo bautizaron los bandoleros y los contrabandistas. Los que pasaron, y los que cayeron con una bala en los riñones. Porque ahí está el resguardo aduanero, incrustado en el paso cordillerano. Hay seis hombres, capaces de poner seis balas en el mismo blanco.

Claro es que hay pasos ocultos. Rincones para filtrarse. Pero es ilusión creer que son pocos los que los conocen.

El Minero llega una mañana al "Bravo". Pero no tiene pecados. No huye. Va. No teme. Adelanta. Lleva silencio mordido en larga senda, en años cerrados por la nieve y el sueño. Dentro suyo, algo que se parece a una copla le dice cosas tibias al corazón.

Atrás quedan caminos, con pastores de ruda voz y mano amiga; queda el boliche; y en el valle, la sombra apenas de una vergüenza disfrazada de amor y de paz. Allá, adelante, luego de la cuesta abajo, un solo nombre, prisma de su fuerza: Nácar.

Nácar ya no corre caminos de tragedia. No la siguen bandoleros que la aman y la temen. Los galopes se durmieron en un pueblo del norte chileno. "Aquello" pasó. Ahora tiene Nácar una pequeña venta, y hasta aprendió a sonreír un poco con las gentes. A veces, cuando oye cosas ingenuas y sencillas, compara esas escenas con los peligros corridos en los caminos crueles. Está sola. Es que siempre estuvo sola. Su corazón estuvo amurallado tanto tiempo, que fue un ritmo sin música, un eco sin voz, un lago dormido sobre las cordilleras, donde nunca ha caído un guijarro, ni una pluma de cóndor que inquietara sus aguas.

Vio el amor en los otros. Un amor sin amor. Una fuerza de instinto sin nido ni candidez. Un voltear chinás, sembrando vientres tímidos, entre la noche y el llanto. Maridos que suspiraban mirando caderas sin pudor, adivinando formas, maldiciendo besos, y entregando a sus mujeres sólo la baba destilada en deseos crecidos para otras.

EL CANTO DEL VIENTO

Nácar, la bandolera, la que una vez mató a un hombre, la que se fue con uno, y luego con otro, la que galopó entre balas y polvaredas, mantiene la castidad de un alma que se hizo aguerrida para no entregar su timidez, ni en la mirada, ni ante la flor, ni por el hombre o la luna, o la mañana abierta.

Es que sentía un horrible miedo de no vivir el verdadero amor. No lo busca, ni lo buscó nunca. El amor era en ella un latido porque sí, como los nervios de su caballo, estallando en voluntad de ganar toda distancia. Un mundo dormido. Y ahora está allí, en la paz de una aldea de hombres buenos y un poco rudos. Mira las calles con niños, la vecina que convida las viandas lugareñas, el hombre del salitre, y allá lejos, el mar.

Cada tarde se cumple sobre su vida con el mismo color sobre los cielos. El mismo viejo pasa a paso lento, vuelta de su casa, saludando con mirada de abuelo. El mismo ruido de las puertas al cerrarse. El hacha en algún patio, partiendo leña. Y el humo sobre los techos. Y allá lejos, el sol besando el mar.

Hay un hombre que busca los favores de Nácar: el farmacéutico del pueblo. Un hombre simple, con la necesaria vileza de los ciudadanos apacibles y prestigiosos. Miente en la farmacia, miente en la política, y se miente a sí mismo. Su voz nuclea a jóvenes ambiciosos, aunque algún sueño también los alienta. Su voz analiza, sentencia, profetiza. Es dirigente de fiestas artísticas, de festivales pro moral del pueblo. No cree en Dios, pero almuerza con el cura. No cree en el

amor, pero se acuesta con su mujer y la llena de hijos. Va a la venta de Nácar; tejidos regionales, andinos, pieles de guanaco y de llama, baratijas diversas, ponchos, casacas de cuero, chalecos de vicuña.

En todo pequeño negocio de estas regiones, en la trastienda, siempre hay una mesa con una botella de buen vino comarcano, para el rato de plática.

Y el boticario despacha sus teorías y ostenta su "prestigio" en la trastienda. Nácar lo oye, lo atiende, lo conoce "de memoria", y lo utiliza para que no avance su contribución por el impuesto a las pieles y otros productos.

El boticario lo sabe, pero también cree que es hombre gustado por la mujer. No puede dejar de creerlo, porque esto le hace bien. Lo entona.

Alguna vez, en un paseo al campo, los hombres probaban su puntería. Como en broma, le ofrecieron un revólver a Nácar. Ella vaciló un instante, y observó dos o tres armas, eligiendo la que le resultó mejor para ella.

Y asombró a los circunstantes esa tarde. Cuando le preguntaron dónde había aprendido a tirar tan bien, dijo con sencilla voz:

—En el fundo de mi padre, allá en el Sur...

Y todos le creyeron. Y también les empezó a nacer un prudente respeto hacia esa moza morena y delgada, de hermosos ojos criollos, de gesto un tanto lejano y dramático, que su mirada tornaba cuasi nostálgico.

"Atrás quedan caminos con pastores de ruda voz y mano amiga ..."

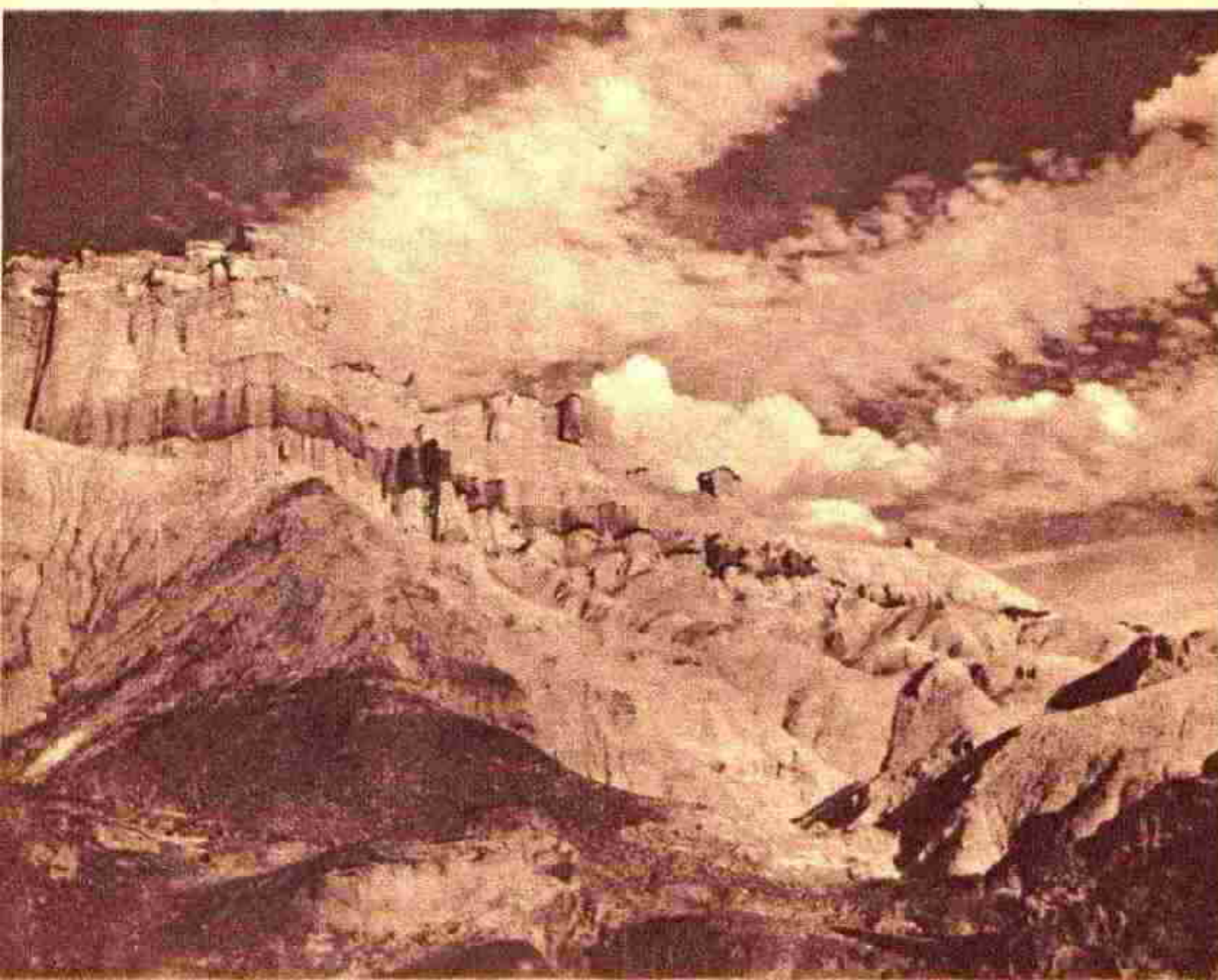


"EL CANTO DEL VIENTO"

La Cerrazón Capítulo XXXVII del libro

Especial para FOLKLORE

Por ATAHUALPA YUPANQUI



Al frente, siempre espejantes, los picachos inaccesibles, como una catedral de hielo a la que sólo los cóndores ven de cerca.

Capítulo XXXII

DON Cosme vive allá, entre el Cerro de los Huancos y la Laguna del Tesoro. Tiene su rancho paredes de piedra y techo repajado, que se levanta sólo a un metro y medio del suelo. Para penetrar en la choza de don Cosme hay que agacharse y para vivir en ella hay que ser un héroe como el dueño de casa.

Tiene mujer y varios changos. Estos andan por ahí, travestiando en el pequeño corral de pirkas. Visten ropas viejas del Tata, y cualquier blusa o pantalón tiene más flecos que un poncho.

La Laguna del Tesoro está sobre los tres metros al nivel del mar, al noroeste tucumano. Dicen por ahí que en aquellos tiempos del Inca prisionero, cuando el rescate exigido por Pizarro, pasaron muchas reatas de llamas cargadas de plata y oro, desde el Famatina y El Leoncito, y que al tenerse noticia de la muerte del monarca indio las cargas fueron arrojadas al fondo de esa laguna andina. Desde entonces le llaman la Laguna del Tesoro.

Cuanto muchacho andariego, estudiante o aventurero ha llegado a esas alturas, soñó siempre con encontrar el tesoro de los indios. Botes y canoas se fabricaron. Rastros en toda la zona. Zambullidas entre los esteros. Pero nunca sacaron más que un estarro.

A don Cosme siempre le tocó oficiar de baqueano. Como su rancho está en la comarca y lo demás es pura soledad, infinita soledad, todos los que trajinan esas sendas lo "contratan" de guía. Mineros, arqueólogos, turistas, cazadores de vicuñas, caminantes del mundo, llegan al rancho de Cosme, pernoctan allí y al día siguiente salen a sus trabajos y aventuras.

Don Cosme sabe que han de volverse cansados, rotos, apunados y sin más que alguna que otra fotografía, pero los acompaña.

A veces, sonriendo, mientras comenta estas cosas, dice: "Me gusta que se alleguen por aquí, porque así me costian la diversión..."

Además, don Cosme aprovecha esas visitas porque tiene ocasión de comer mejor, él y su familia. Allí la vianda es charquisillo de oveja, anco rescoldeado, mote de maíz y nada más. El pan es lujo de los abajeños. Allá no llega sino cuando los turistas lo llevan.

Generalmente, los viajeros aprovechan el feriado de Semana Santa para esas excursiones. Consiguen mulas en una estancia de El Clavillo, o son amigos de los mozos estancieros. Tiene dos días de viaje hasta la "casa" de don Cosme.

En el Cerro de las Vicuñas y la Cumbre de los Cazadores hay una serie de sendas antiguas que se entremezclan y parten en distintas direcciones. El que no es baquilano se pierde fácilmente, y no es raro que bus-

cando salida hacia Tafi del Valle vaya a parar a Chile. Y don Cosme se divierte a sus anchas, dejando a los improvisados gauchos marchar adelante. El hombre hace como que arregla el apero y les da unos quinientos metros de ventaja. Y desde el cruce de las sondas les grita a los equivocados: "¡Eh, amigos! Saludos a los chilenos". Y se ríe feliz, seguro de su ciencia cordillerana, mientras los mozos retornan disimulando su bochorno con una sonrisita. En las cumbres el aire es puro, limpio. Es hermoso contemplar hacia los valles de abajo la cortina de lluvia que abarca kilómetros, mientras desde su puesto de observación el sol cue en pleno sobre el viajero. Las nubes forman un mar allá, mil metros abajo, mientras en la soledad las sondas apenas se marcan sobre una tierra gris y amarillenta, a veces salpicadas con manchones de nieve en algunas hondonadas. Y al frente, siempre espejantes, los picachos inaccesibles, como una catedral de hielo a la que sólo los cóndores ven de cerca.

No se crea que esas visitas extrañas llegan a menudo. Cada año aparece un par de finetes, y a veces pasan tres y cuatro años sin que don Cosme hable con nadie más que con su mujer, en esos diálogos andinos de veinte palabras diarias.

Hay épocas, cerca de diciembre, en que el "cerro amanece enojado". Y entonces, antes del mediodía, una niebla densa se prende de las cumbres, durante una semana, y a veces más.

Cuando tal cosa ocurre, las ovejitas no bajan al vallecito de buen pasto. Quedan por ahí, cerca del corral. Un paso mal dado puede despeñarlas, y siempre, cuando escampa y sale el sol, don Cosme ya sabe que ha llegado el instante de cueriar, porque es seguro que algún cordero yace destrozado en el fondo del abismo.

"Es mala la sangre sobre la tierra", dicen los andinos. Ellos acostumbra, cuando matan una oveja o un ternero, a practicar un hoyo profundo, en cuyo borde colocan el cogote de la bestia antes de la puñalada. La sangre no ensucia los pastos, respeta la tierra. La sangre cae dentro del hoyo, el que luego se cubre con tierra para que Pachamama no se ofenda.

Un día llegaron a la choza de Cosme dos viajeros. Andaban en tratos para adquirir una zona de la cordillera y hacer cateos en una mina. Don Cosme los llevó hacia esos rumbos. Marchando en fila india, ganaban poco a poco las alturas. Los viajeros, hombres de la ciudad y la banca, comenzaron a hablar de negocios, operaciones bursátiles y beneficios y dineros.

Durante horas, a lo largo del trayecto, don Cosme no sentía otra cosa que la palabra oro, pesos, miles,



• EL CANTO DEL VIENTO

cientos, alhajas, etc., Parecían los dueños del mundo estos señores. Allí, con ese hombrecito por delante, puro poncho y silencio, pura pobreza eterna, seguían confesándose su habilidad para los altos negocios, para las felices transacciones, para el dichoso enredo.

Don Cosme los escuchaba. Primero, asombrado. Hablaban de un mundo maravilloso, de un lujo que él nunca había visto ni vería. Hablaban de casas cómodas, de aviones, de París, de Chicago, de Londres, de Buenos Aires. Por ahí alguno interrumpía la charla para preguntarle: "¿Falta mucho?". Don Cosme respondía al rato: "Regular, señor..."

Cerca del mediodía el sol comenzó a entristecerse, y en menos de una hora la niebla inició su gran empujada de montañas y valles.

Don Cosme, concededor, dispuso desviarse de la senda y ganar unas galerías naturales entre las peñolías cumbreñas. Entraron a las cuevas con bestias y arreos. Desensillaron. Don Cosme les dijo: "Gánense pal fondo y saquen nomás los ponchos y abrigos, porque vamos a hacer noche aquí". Y se fue buscando leña de tola, la única del lugar.

Los viajeros prepararon sus abrigos, sus catres de campaña. Pensaban que al día siguiente podrían seguir viaje. Pero no era así. La niebla es terrible, y don Cosme, ya de madrugada, les avisó: "Esta cerrazón está muy dura y va a durar varios días".

La desesperación de los viajeros, cuando a los tres días continuaban prisioneros de la montaña, esclavos de la cerrazón, no tenía límites. Protestaban del viaje y del destino. Insultaban a la montaña, a la niebla, a las mulas "demasiado lerdas", y hasta ofendieron a Cosme diciendo que él tenía que saber cuándo se producía ese fenómeno.

Don Cosme callaba. Iba juntando rabia, despacito. Hasta para enojarse tenía el mismo ritmo preciso y pausado del Ande.

Al amanecer del cuarto día, don Cosme salió a "mirar la cumbre". No se veía a veinte metros. Todo era un misterio infinito.

—No limpia —dijo.

Entonces uno de los viajeros le habló:

—Oiga, viejo. Sáquenos de aquí hoy mismo, de vuelta al valle, y le haré un regalo.

—¿Regalo?...

—Sí.

Y le mostró su billetera repleta al kolla.

Cosme se quedó pensando un rato, y respondió:

—Vea, señor. Con plata o sin plata, yo no puedo sacarlo de aquí. Hay que esperar que limpie esta cerrazón. La cerrazón es la dueña del cerro...

Y achicando los ojos como con picardía, le propuse al viajero:

—¿Y por qué no le ofrece platita a la cerrazón?...



Las nubes forman un mar allá abajo, mientras en la soledad, las sendas arenas se marcan.